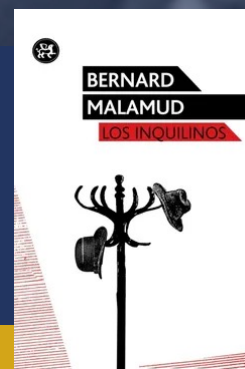


Visita
al territorio de

Bernard Malamud



Bernard Malamud
Los inquilinos

A Janna

Vivo y con los ojos abiertos nos llama sus asesinos.

Antifonte, Tetralogía

Tenía que hacerlo, tenía que encontrar el final...

Bessie Smith

Lesser se despierta dispuesto a terminar su libro mientras ve su imagen reflejada en el espejo solitario. Perfume de tierra viva en lo más hondo del invierno. A lo lejos los tristes resoplidos de un vapor que sale del puerto. ¡Si uno pudiera partir con él! Lesser, inquieto, intenta dormir de nuevo, pero es en vano, se diría que tiene las cuatro piernas atadas a un caballo y que éste tira de ellas para arrojarlo de la cama. «Debo levantarme y escribir, de lo contrario no me quedaré tranquilo. En eso no tengo elección. Dios mío, los años!». Lesser aparta la manta y de pie, inseguro, cerca de la silla coja donde está su ropa, se pone los pantalones que están fríos. Otro día empieza.

Lesser se viste sin ganas, con una sensación desagradable de sorpresa, porque se había metido en cama ardiendo en deseos de escribir por la mañana. Se había ido a dormir expectante y se levanta reluciente, afligido. ¿Por qué? ¿Por quién? ¿Qué inútiles sueños han intervenido? A pesar de que no recuerda ninguno, aunque sus noches están llenas de sueños, Lesser siente el influjo de uno tocado por el miedo: he aquí al extraño que encontré en la escalera.

—¿A quién buscas, hermano?

—¿A quién llamas hermano, madre?

Mutis del extraño. ¿Es el merodeador de ayer o el de hoy? ¿Acaso se trata de Levenspiel disfrazado? ¿O de un matón que ha alquilado para quemar o hacer saltar el edificio?

«Eso no es más que mi imaginación hiperactiva que trabaja a contrapelo». Lesser se complica las cosas por varias razones. Sería largo de contar, pero el hecho es que no sabe cómo terminar el libro. Ni sabe por qué esta vez le resulta tan difícil, cuando tenía pensados todos los pasos que le conducirían al final, algunos de los cuales se desmoronan si los considera con atención. «¿Se trata acaso de un tipo de trampa escatológica? ¿Como si un final fuera algo que no puedo soportar? ¿Como si cada libro me advirtiera que estoy más cerca de la muerte?». En cuanto termina uno empieza otro.

Ahora que la imaginación está imaginando, Lesser imagina que ya lo ha terminado, que aquella larga fatiga acabó finalmente. Descanso, calma, todo un mes de quedarse en cama por la mañana. Amanecer en el mar, una luz rosada que ilumina las inquietas olas que lamen una isla, despertarse, respirar la fresca brisa de sus árboles, sus flores, sus laureles, sus conchas marinas. Ah, los renovados olores sensuales de la tierra rodeada de la mar femenina. Pájaros que se levantan de la orilla, giran, vuelan sobre las palmeras parecidas a mástiles hechos jirones hacia el cielo brillante. Gaviotas que graznan, repentinas bandadas de mirlos que pasan chillando por encima del agua violeta. Ah, esa tierra viva, esa isla majestuosa en medio de la mar de plata, esa calle Treinta y uno y esa Tercera Avenida. Esa maldita casa. Ese Lesser feliz infeliz que debe escribir.

En esta fría mañana de invierno, mientras el mohoso radiador alborotaba como un huésped cordial, aunque el calor que producía era muy escaso, con la nieve caída el día anterior cubriendo la calle emblanquecida con una capa de más de un palmo por la que se escurría el hollín local, Harry Lesser, un hombre serio, se ajustaba su medidor de tiempo a la muñeca —el tiempo estaba también presente y vivo sobre sus espaldas— y bajaba los seis sucios tramos de escalera del edificio de apartamentos de desvaídos ladrillos, casi abandonado, construido en 1900, donde vivía y escribía. Treinta y cinco familias lo habían evacuado durante los nueve meses después del aviso de demolición enviado por correo, pero no Lesser. Él resistía. Cruzó la Tercera a contraluz. El fango de la calle le hizo caer en la cuenta de que se había olvidado los chanclos debajo del fregadero y con los zapatos playeros empapados entró en la tienda para comprar pan, leche y media docena de manzanas. Al volver a casa miraba periféricamente a derecha e izquierda y después, furtivamente a sus espaldas, por ver si su casero o alguno de sus abogados a sueldo estaban agazapados en algún húmedo portal o detrás de algún automóvil cubierto de nieve, esperándole. Preocupación inútil porque otra cosa no podían hacer sino intentar persuadirlo y a este respecto él era impersuadible. Levenspiel quiere que se vaya de la casa para poder derribarla y levantar otra, pero está fresco. El edificio era de renta limitada y en el District Rent Office —donde le conocían muy bien— habían dicho a

Harry que él era un inquilino con los papeles en regla y determinados derechos.

Los demás habían aceptado el dinero que les ofrecía el casero para marcharse, pero Lesser no se iba ni pensaba irse todavía hasta que terminara el libro allí donde éste había nacido. No era sentimentalismo, sino rutina, que ahorra tiempo. Prescindiendo del jodido Levenspiel, Harry corría hacia su casa caminando por la nieve.

«Mi hogar está donde está mi libro».

Frente al edificio de color marrón y en plena decadencia, que en tiempos había sido una casa decente y ahora era la cúpula del placer de Lesser que le insuflaba espíritu, había un solitario cubo de la basura que contenía casi únicamente sus desechos, millares de palabras vociferantes arrugadas, y podridos corazones de manzanas, café usado y cáscaras de huevo; un cubo de basura literaria. Los desechos del lenguaje se convertían en el lenguaje de los desechos. Lo vaciaban dos veces por semana, sin solicitarlo; Lesser lo agradecía. A lo largo de la calle, delante de la casa, corría un sendero para peatones a través de la nieve immaculada. Desde hacía meses no había portero, esfumado como un fantasma. La calefacción funcionaba automáticamente a bajo rendimiento para el solitario habitante del último piso, Robinson Crusoe de las alturas durante los últimos tres meses y medio, y había sido el propio Levenspiel quien había colocado el termostato en las tripas del sótano. Si se estropeaba, cosa que ocurría con frecuencia — la caldera había celebrado su cincuenta aniversario— uno llamaba al servicio de reparaciones de la Oficina de la Vivienda que maldecía a sí misma, y al cabo de unas horas, si no más, volvía a funcionar de mala gana, gracias al guarda del gris y picado de viruelas caserón en falso estilo Reforma que estaba allí enfrente, el cual acudía a echar una ojeada si Levenspiel se lo pedía por teléfono. El calor suficiente para sentir frío. Se congelaba el aliento. Harry tenía una estufa en el estudio para mantener la movilidad de los dedos durante el invierno, y esa estufa no funcionaba mal, pero era ruidosa y consumía mucha electricidad. Las cosas podían ir peor y de hecho habían ido peor, pero Lesser seguía siendo un escritor que escribía. Reescribía. Éste era su fuerte, cambiar muchas cosas. Y en su vida también lo hacía, por supuesto. El edificio de la izquierda hacía tiempo que

había desaparecido para dejar paso a un aparcamiento, sus restos de arte pop, las cicatrices de las habitaciones y los tenaces colores de su esqueleto que atestiguaban una existencia anterior incolora, estaban grabados como jeroglíficos en la pared de ladrillos de la casa de Levenspiel; y corría el rumor de que la descarnada casa de la derecha, diez estrechos pisos del 1880 (¿había vivido allí Mark Twain?), con un restaurante italiano abandonado en el sótano y un portal de hierro forjado, seguiría el mismo camino. Detrás había una vieja escuela pública de tres pisos en ladrillo rojo, cosecha del 1903, con las cifras historiadas puestas como un camafeo en la fachada llena de ventanas rotas. También estaba condenada a desaparecer. ¿Qué necesidad hay de una bomba atómica en Nueva York? En cuanto uno se va de un sitio en seguida lo derriban.

En el sucio vestíbulo, Harry se detuvo obsesivamente ante los buzones, algunos rotos, hundidos a martillazos, otros arrancados; dejó en el suelo la bolsa de la tienda, el ojo derecho con un tic nervioso por la espera de una carta del editor que sin duda no podía llegar hasta que él hubiera acabado y enviado aquel largo y sufrido manuscrito. Sueño: «Hemos leído su novela y consideramos que es una obra de mérito excepcional. Nos sentimos muy honrados en publicarla». Elogios por el libro, no por haber resistido.

Lesser, treinta y seis años, soltero, escritor profesional, había resistido. «Mi propósito, seguir siendo escritor. A los veinticuatro y a los veintisiete años publiqué mi primera y mi segunda novelas, la primera buena, la segunda mala, la primera fue un éxito de crítica, cuya venta no bastó para cubrir el pequeño anticipo; la mala, más afortunada, comprada para sacar de ella una película, me ha dado lo suficiente para vivir. Poco basta si uno lo que pretende es terminar un libro. Mi mayor deseo es que el tercero sea el mejor. Quiero que los demás opinen que soy alguien consciente y no un frívolo que ha disparado todos sus cartuchos».

Por la ranura de su buzón extrajo un sobre. No sentía ninguna curiosidad porque conocía el tipo de letra y por tanto el remitente y el contenido: Irving Levenspiel, BBA, CCNY, quinta del 41, un hombre desafortunado en la forma y en el fondo. Una súplica en una sola frase sobre papel fino: «Lesser, reflexione un momento sobre la realidad y tenga piedad, por favor». Con una risita nerviosa, el escritor rompió la carta. Las

que guardaba eran de las raras mujeres que aparecían en su vida, flores de primavera marchitas en verano; y las de su agente literario, un tipo de cabellos grises que ya no le escribía casi nunca. ¿Para qué tenía que escribirle? Nueve años y medio viviendo de un libro son suficientes para ser olvidado. En los últimos tres años, una carta casi humorística en que se interesaba por él y que empezaba: «¿Vives aún?».

«No sé si estoy vivo, pero sí que sigo escribiendo».

Subió los seis pisos mordisqueando una manzana helada, con la leche, el pan y la fruta. El pequeño ascensor automático de color verde, construido para cuatro personas, había pasado a mejor vida no hacía mucho. El funcionario de la Vivienda había dicho que el casero tenía la obligación de mantener en funcionamiento los servicios esenciales mientras Lesser no se mudara o de lo contrario ordenaría una reducción del alquiler, pero como Lesser sabía que estaba fastidiando a Levenspiel impidiéndole derribar el edificio, le concedía la merced de no quejarse. Muchas gracias por la merced. De todos modos, subir a pie las escaleras era un buen ejercicio para una persona que no realizaba ninguno. Contribuía a mantener la línea de un hombre ya de por sí delgado. La escalera olía queapestaba, un olor sucio, sucísimo, de varias cosas: orines, vómitos, vaciedad. Subió corriendo los seis tramos en penumbra, iluminados donde Lesser había reemplazado las bombillas muertas o moribundas, las bombillas morían como moscas, y llegado a su piso, jadeando, abrió la ruidosa puerta antiincendio que daba a un rellano viejo, oscuro, de paredes grises con grandes remiendos de yeso y algunos agujeros que dejaban al descubierto la estructura. Había seis apartamentos en el piso, tres a cada lado, vacíos, a excepción del habitado por Lesser, a la izquierda, entrando; como esqueletos de pavo después de un alegre Día de Acción de Gracias, las puertas sin tiradores ni cerraduras, arrancados en su mayoría por huéspedes no deseados: vagabundos, borrachos meones, drogados sin rostro... extraños que entraban para huir del frío de la nieve y se encaramaban hasta aquellas alturas porque el sexto piso está encima del quinto. Pobre Everest humano, al que aspiraban hasta los lisiados, un zoo de seres sin hogar. ¿En busca de qué? No de gloria, sino de un lecho sin cama para las altas y débiles horas de la madrugada; los cuales por la mañana rompían los vidrios de las ventanas como pago del no

logrado reposo nocturno, y después el viento y la lluvia entraban en el piso desalquilado hasta que alguien sustituía con una tabla el vidrio roto, y arramblaban con todo lo que podían: cables, clavos, puertas de alacenas sacándolas de sus bisagras o dejándolas colgadas de una bisagra sola; y se meaban y cagaban en el suelo en lugar de hacerlo en el retrete, donde lo había. Porque faltaban incluso algunas tazas o habían arrancado los asientos; ¿para qué? ¿Sombreros? ¿Leña para el fuego? ¿Piezas de arte pop? ¿Cómo burla del destino humano? Y por la mañana salían dando traspiés, escapaban a la calle antes de correr el riesgo de que Levenspiel los descubriera, el cual acudía para echar un vistazo o para hacer una visita a su recalcitrante escritor-inquilino, y les amenazaba con hacerlos detener por ocupación ilegal. Desaparecían. Quedaba el olor.

En la azotea había antes un jardincillo atrayente donde el escritor gustaba de sentarse después de un día de trabajo para respirar, así creía, mientras contemplaba el cielo manchado, las nubes cambiantes, y pensaba en Wordsworth. A veces un retazo de azul saltaba por alguna parte. Todo desaparecido, el jardín, descompuesto, raptado, robado, las macetas de plantas floridas, los cajones con pensamientos y geranios, las sillas de mimbre, incluso la empalizada blanca, alta quince centímetros, que un civilizado inquilino había imaginativamente construido para aquéllos que como él gustaban de un momento de reposo en aquella altura sobre el país. Herr Holzheimer, un caballero de origen alemán, nacido en Karlsruhe, uno de los que recientemente habían sido requeridos para marcharse, cuyo apartamento de seis habitaciones era el de la puerta de al lado del de tres de Lesser, profanado ahora, con las paredes del dormitorio desfiguradas, llenas de dibujos a lápiz, manchadas de cerveza, vino, pintura, de manchas sin nombre, borrones, una caricatura a lápiz de A. Hitler con dos órganos sexuales completos, machohembra; en otro dormitorio brotaba una selva, corpulentos árboles misteriosos de tronco blando que emergían de una tupida espesura y llenaban las cuatro paredes de la habitación y se introducían en un tercer dormitorio, entre helechos lujuriantes, hojas afiladas como cuchillas de afeitar, gigantescos cardos peludos, palmeras enanas con hojas putrescentes semejantes a sierras, secas enredaderas parecidas a cuerdas alrededor de espinosos cactus que exudaban pus, deslumbrantes orquídeas —violeta, rojo, dorado— que se comían viva a una atónita cabra mientras un gorila, sosteniéndose con la mano el pene erecto, y dos atentas serpientes contemplaban la escena. Una selva mortal.

«Y Herr Holzheimer tan amable, tan limpio, tan ordenado. Espero que vuelva y atrape a esos bastardos y que por una vez lo limpio pisotee a lo que no lo es». Lesser intentaba asustar a los merodeadores nocturnos que se arriesgaban hasta su piso —Dios sabe qué zarabandas se organizaban debajo— poniendo a todo volumen su instalación de alta fidelidad, y si salía de noche dejaba todas las luces encendidas. Cuando lo pensaba sentía miedo de la sonora soledad de aquel edificio donde familias enteras habían vivido y desaparecido, y al que llegaban extraños, no para quedarse, sino para no quedarse, triste destino para una vieja casa.

Una sensación desolada lo entorpeció —algo perdido en el pasado, ¿qué pasado?— al entrar en su apartamento, fuertemente protegido por dos cerraduras patentadas más un pesado candado. Sólo cuando se encontraba en sus sanas y salvas habitaciones Lesser se sentía protegido del mundo y se relajaba. Allí olvidaba todo cuanto debía olvidar para trabajar. Olvidaba entre libros amontonados a lo largo de paredes de estanterías que laboriosamente había construido y pintado hacía años, manuscritos de dos novelas publicadas y de una en elaboración, próxima al final, conservados en una gran caja de cartón en la alacena; el equipo de alta fidelidad, montones de discos y carpetas en las estanterías inferiores de la librería, y otras cosas necesarias guardadas en armarios, en los cajones del escritorio, en el armarito de las medicinas. Su cuarto de dormir-estudio era una habitación grande y ordenada: diván, pequeño tocador, viejo sillón junto a la ventana, lámpara de pie, mesa de escribir y silla, todo evidenciaba el orden de la vida vivida. No quería pensar en cuánta parte de la vida no intentaba siquiera usar. Ésta estaba fuera y él dentro.

Harry, en su pequeña cocina, puso la leche en el frigorífico y consideró la posibilidad de desayunar, pero sólo de pensarlo le entraron náuseas. Era de aquellos a quienes basta una taza de café. Para después tenía el pan y la fruta. En realidad era sólo para tomarse el tiempo de pensar que debía escribir. La cosa irresistible —pensar que todavía no trabajaba le hacía estremecerse— era sentarse inmediatamente a la mesa, áncora, giroscopio, montaña mágica: está allí pero se mueve. Largo viaje por una habitación. Hay un largo libro que es preciso terminar. El café se lo haría más tarde,

cuando hubiera llenado de palabras una página. Las palabras no se comen, pero calman la sed.

Entró en su estudio de tres ventanas, levantó las persianas verdes cuarteadas, sin mirar a la calle, y se sentó a la mesa. Del cajón de arriba sacó parte del manuscrito. Harry experimentó una momentánea sensación de extravío, de lamentar el haber dedicado su vida a escribir, seguida de una oleada de afecto por su yo creativo mientras releía la página y media del día anterior y la encontraba válida, sólida, buena. El libro le redimía. Dos o tres meses más y lo terminaría. Después, una rápida reelaboración de lo hecho—digamos tres cuartas partes del original—, que le tomaría otros tres meses o a lo mejor cuatro, y la novela estaría lista, terminada. El triunfo después de diez años. El peso de una década gravitaba sobre su cabeza, pero ni la aplastaba ni la hacía crujir. Su pobre cabeza. Harry sintió el impulso de inspeccionarse la cara en el espejo del baño, grises ojos cansados, las más de las veces inyectados en sangre, labios utilitarios, falsos, cada vez más delgados, pensó, con el paso de los años, nariz interesada y observadora; pero lo resistió con éxito. Una cara es una cara: cambia cuando se le encara. Las palabras que escribe en el papel cambian. Él ya no es el joven de veintisiete años que empezó el libro, ni deseaba serlo. El tiempo pasado es tiempo ganado a menos que el libro estuviera mal concebido, mal construido, un limón sin jugo; entonces es tiempo muerto. Fuera esa idea.

Lesser, cuando escribía, era a veces como una ruidosa locomotora, con todos los vagones enganchados, a excepción del furgón del maquinista, que chirriaba a lo largo de las vías retintinantes hacia una región cuya topografía sospechaba pero no conocía hasta llegar a ella. Lesser explorador. Lesser y Clark, por tierra, para Revelar el Destino. O acaso un vapor en el Mississippi con una rueda de paletas resonante y salpicante, una aguda sirena para la niebla y otras maravillosas invenciones. No está mal como metáfora una barca. Lesser en un alud, con un soplo de viento en la vela surcando el lago de Galilea, intentando descubrir qué sucedía en la apostólica orilla. Lesser remando en el Hudson, en busca de Hendrik, escuchando las tonantes bochas en las metafísicas colinas; o remando al compás de la música por el Támesis de mansa corriente: le gustaban las aguas corrientes inglesas. Mejor aún, el artista como un ancho río impetuoso que fluía libremente entre islas de experiencia, algunas de un verde intenso, lujuriente, llenas de árboles; otras yermas, de arena blanda con huellas húmedas; corriente que

abrazaba islas e islotes multiformes, a los que cubría cuando la marea estaba alta y abarcaba las dos fangosas orillas de la vida y de la muerte.

«Y así mis vísceras sonarán como un arpa» —Isaías.

Sin levantar los ojos hacia las ventanas que tenía al lado, el escritor imaginaba la jornada invernal exterior, luminosa como un cristal, viva belleza fría; contento de que existiera, pero sin desear estar en ella o formar parte de ella, de inspirar su hiriente esplendor en sus pulmones en retirada, de vivirla. Hacía tiempo que había sofocado dentro de sí esa especie de movimiento de vaivén, porque de lo contrario nunca habría escrito seriamente. Mientras escribía ardía en deseos de abrir el armario y contemplar su cajón lleno de manuscritos. Tuvo incluso una semierección... un efecto de la creatividad. Harry garrapateaba con una creciente sensación de placer a medida que las palabras fluían fructuosamente en la página. Saboreaba ya la satisfacción de una buena mañana de trabajo. Por la tarde pasaría a máquina lo que ahora escribía a mano con su pluma estilográfica. ¿Quién había dicho que él pensaba con la mano derecha? Después de trabajar se reharía en la cama, se ducharía con agua caliente y fría —bueno, caliente no— y más tarde escucharía algunos discos bebiendo algo. Aquella noche, una reunión inesperada, y con un poco de suerte, un polvo; con una migaja de amor humano en un mundo furioso. Debes usar palabras pero debes usar más que palabras. Lesser sabía que el timbre estaba sonando, pero siguió escribiendo. Sonaba con insistencia.

Suena por siempre.

Levenspiel toca el timbre.

El escritor está sentado ante el escritorio y habla a través de dos habitaciones. Sabe la canción, la han cantado juntos varias veces. Empieza con afirmaciones de mutua consideración. Cada uno proclama la estima en que tiene al otro. Lesser promete marcharse en cuanto pueda, para que el casero tenga posibilidad de derribar su casa. Levenspiel, un tipo de ancho pecho cuya voz reside en la barriga, jura que desea que el otro escriba el mejor de los libros; él respeta a los escritores serios. «Sirena de piel de cabra, deja de cantarle a mi corazón». Ahora a los negocios: El casero regresaba del funeral de un pariente próximo en Queens y ha pensado subir un momento a saludarle.

—Tenga un poco de piedad, Lesser, márchese para que yo pueda destruir esta casa podrida que me pesa como una joroba.

Lesser dice que no puede irse a la mitad del libro. Si lo hiciera, en su estado de ánimo actual, necesitaría seis meses para superar el trauma y volver a trabajar, eso sin contar el esfuerzo que requeriría enfrentarse con una materia cuya sensación habría perdido.

—No tiene usted idea de cómo cambian las cosas cuando uno las deja. Temo lo que pasaría si sólo cambiara un poco mi concepto. Usted no sabe lo que me pide, Mr. Levenspiel.

—Le buscaremos un bonito apartamento por ahí cerca, donde se encontrará mucho mejor que en este agujero pestilente. Y si dejara de escribir una semana o dos, no se hundiría el mundo. Suponga que cae enfermo y tiene que internarse durante un tiempo en el hospital. Está usted más pálido que una gallina muerta, Lesser. Necesita moverse, cambiar. No entiendo cómo es capaz de estar todo el santo día en este asqueroso apartamento. Piénselo y hágame caso, lo digo por su bien.

—Le escucho. He trabajado mucho, Levenspiel. Soy yo quien se sacrifica más que usted. Si tiene usted paciencia, terminaré pronto. Mi último libro, por motivos de los que no quiero hablar, fue un desastre. Tengo que justificarme ante mí mismo con una obra de primera clase. Prácticamente lo he terminado, pero la última parte, lo confieso, se me resiste. La verdad es que está empezando a volverme loco. En cuanto la solucione —se trata de establecer la realidad de modo impecable— nos sacaremos de encima el libro, yo de mi estómago, usted de sus espaldas. Respiraré de una vez y me iré aquel mismo día. Le doy mi palabra. Y ahora váyase, por amor de Dios. Está usted haciéndome perder el tiempo de escribir.

La voz del casero se suaviza, aunque con su manaza da rítmicos puñetazos en la puerta cerrada.

—*Hab rachmones*, Lesser, yo también tengo mis proyectos. Tengo quince años más que usted, por lo menos, y prácticamente estoy tan desnudo como cuando vine al mundo. No se imagine que tengo nada. Sabe que mi mujer está enferma y que a mi hija la han violado a los dieciséis años. Además, voy religiosamente todas las semanas una tarde a ver a mi madre, que está loca, en Jackson Heights. Todo el rato que estoy con ella lo pasa mirando por la ventana. No sé a quién cree ver, no a mí, desde luego. Antes era una señora delgadísima, pesaba cuarenta y cinco kilos, pero ahora

pesa ciento y sigue engordando. Yo me quedo sentado llorando. Estamos juntos un par de horas sin decirnos nada y después me voy. Mi padre era un inmigrado camorrista de mal genio que no hacía nada a derechas y no conseguía ni ganarse la vida. Se ha cargado mi juventud, ese hijo de mala madre, pero, gracias a Dios, está muerto. Y además, todos —*todos*— me piden dinero. Ahora tengo la oportunidad, a pesar de mi escaso capital —puedo pedir un préstamo a la Metropolitan Life—, de construir una casa moderna de apartamentos de seis plantas, cinco de hermosos pisos encima de una hilera de buenos comercios, y de vivir un poco cómodamente, suponiendo que esto siga siendo posible hoy día. Todos los demás malditos inquilinos se han ido por cuatrocientos dólares. Yo le ofrezco a usted mil en dinero contante y sonante y usted me contempla como si yo fuera unapestado. Y por si fuera poco, se trabaja usted a los de la Vivienda y me arma tal lío con pericias, inspectores y citaciones, que a ese abogado mío de los cojones le costará más de un año deshacerlo. Aparte de los setenta y dos dólares mensuales de su alquiler, que ni siquiera me pagan el gasoil que gasto con usted, de aquí no saco nada. De modo que si usted, Lesser, es de verdad un hombre, un ser razonable ¿cómo puede rechazar mi modesta petición?

—¿Y la casa que tiene usted en Harlem?

—No sé de dónde saca usted esas cosas, Lesser, tal vez porque es usted escritor. Esa casa la heredé de un tío mío mutilado, que en paz descanse, y por motivos que usted no ignora es una lata terrible para mí. No hablo como un racista. Lo único que digo es que en las actuales condiciones pierdo dinero con ella.

«Si las cosas siguen así, tendré que dejarla. Los asuntos van asquerosamente mal hoy día. Si no le asusta oír la verdad, le diré que la congelación de los alquileres es una inmoralidad. El que se fastidia es el pobre casero. El hecho es que usted me arrebató mi propiedad legal en contra de la Constitución».

—Tiene usted un remedio, Levenspiel. Añada al proyecto de la nueva casa que quiere usted construir un veinte por ciento más de apartamentos de los que derriba y, de acuerdo con lo establecido, me podrá usted poner inmediatamente de patitas en la calle.

Un largo suspiro, causado por falta de aliento.

—No me lo puedo permitir, Lesser. Significaría todo un piso nuevo o tal vez dos. No tiene usted idea de lo que cuesta edificar hoy día, el doble

de lo que se calcula. Y hasta que la casa está terminada, tres veces lo presupuestado. Confieso que lo he pensado, pero Novikov, mi socio para esa ampliación, ha muerto, y después de pensar en buscar otro socio o pedir más dinero, he decidido que no, que edificaría la casa como siempre la he soñado. Sé perfectamente qué tipo de casa quiero. Tiene que estar de acuerdo con mi manera de ser. Quiero una casa de tipo pequeño. Prefiero tener que tratar con cinco o seis comerciantes que con un veinte por ciento más de inquilinos. No va conmigo eso de ir detrás de la gente para que me pague el alquiler. Soy más sensible de lo que usted cree, Lesser. Si no fuera usted tan egoísta, se daría cuenta, créame.

Lesser reflexiona.

—Le diré lo que estoy dispuesto a hacer para ayudarle. Barreré la escalera y los rellanos de esta casa una vez por semana. No tiene más que darme la escoba del portero. Los domingos no escribo.

—¿Y por qué no, si tiene tanta prisa en terminar el libro que no puede siquiera tomarse un día libre para mudarse?

Una vieja costumbre, el espíritu se rebela.

—¿Qué diablos me importan esos repugnantes rellanos? Lo único que quiero es derribar de una vez esa jodida casa.

El escritor habla desde lo hondo de su espíritu:

—Se trata solamente de esa última parte, Levenspiel. He trabajado en ella durante un año casi, pero no he sacado nada en limpio. Falta algo esencial que me costará tiempo encontrar. Pero estoy ya cerca, lo siento en la sangre. Estoy avanzando por un misterio hacia la revelación. Con eso quiero decir que lo que me preocupa está en los confines de la conciencia. Mía y del libro. La forma, a veces, ofrece tantas posibilidades que uno tarda en poder determinar en qué está uno insistiendo. Si no escribo esta novela exactamente tal como debo, si, Dios no lo quiera, tengo que forzarla o falsearla, entonces esos nueve años y medio serán inútiles y yo también lo seré. Después de esa locura ¿qué otra cosa podría esperar de mí mismo? ¿Qué vería al contemplarme en el espejo sino un gusano deforme con cuatro agujeros en el culo? ¿Y cuál sería mi futuro una vez terminado el dinero de la película? ¿Tendría que redimirme con otro libro que tal vez acabaría a los cuarenta y seis años y muerto de hambre?

—¿Qué es una novela que cuenta cosas no verdaderas en comparación con todas las penas y desdichas que acabo de contarle?

—No estamos hablando de una novela cualquiera. Ésta, en potencia, es una pequeña obra maestra. Ahí están mis mejores ideas de artista y todo lo que la vida me ha ido enseñando poco a poco. Cuando la lea, *Levenspiel*, hasta usted me querrá. Le ayudará a entender y a soportar su vida, del mismo modo que escribirla me ha ayudado a soportar la mía.

—Pero, por Dios ¿qué está usted escribiendo? ¿La Biblia?

—¿Quién sabe? ¿Quién puede saberlo? Lo que sí sé es que no hago nada mientras arme usted ese alboroto de las narices. ¿Cómo puedo pensar si el sonido de su voz me está hiriendo el pensamiento? Mi pluma se ha quedado como muerta. ¿Por qué no se va usted a otra parte y me deja trabajar en paz?

—El arte a tomar por el culo. En este mundo lo que cuenta es el corazón. No tardará usted en darse cuenta, Lesser. Recuerde mis palabras.

Sus puñetazos resuenan en el rellano.

Lesser había dejado de escribir y se había ido a leer en el cuarto de baño. Después que el rumor hubo cesado, cogió de nuevo la pluma, pero ésta no fluía a pesar de haberla llenado dos veces. Lesser ponía toda su voluntad, pero como si nada. La locomotora, cubierta de hielo, estaba parada como un mastodonte petrificado sobre las vías heladas. El vapor tenía una vía de agua y poco a poco se hundía para embarrancar en el Mississippi convertido en una masa ingente de hielo verde, todo él lleno de peces muertos que miraban en diversas direcciones.

Aunque angustiado, mejor es fingir que uno ha dejado de escribir porque ha querido. La jornada laboral ha terminado; ahora descansa en la taza del retrete. En este libro está escrito: «Nunca pensaría dedicar menos de veinte años a un Poema Épico» —Coleridge. Lesser cierra los ojos y lee las últimas páginas de su manuscrito. Verifica su destino: vive para escribir, escribe para vivir.

Harry Lesser, el escritor, está de pie en la azotea en pleno invierno.

Una corriente de agua blanca circunda Manhattan. Tal vez está nevando. Un remolcador pita en el East River. *Levenspiel*, semejante a un

misterioso extraño o incluso al propio príncipe de las tinieblas, inicia una pequeña hoguera en el sótano con pedazos de madera.

Pronto las llamas rugientes invaden el local.

La caldera estalla, no una sino dos veces, celebrando las dos generaciones de su existencia.

El edificio tiembla, pero Harry, escribiendo en su mesa, piensa que son los edificios de por allí cerca que se están construyendo, y escribe mientras el fuego que gime y las sombras que hierven suben corriendo la fétida escalera.

Dentro de las paredes encendidas las cucarachas estallan por los aires, cada una con un leve quejido.

Nadie se opone, y así el fuego, inevitablemente, sube hacia lo alto y con un rugido convulso abre de par en par la puerta de Lesser.

Por la mañana siguiente, un perro mojado, con un ojo ensangrentado, subió hasta el sexto piso y empezó a ladrar y a rascar ante la puerta de Lesser. A pesar de sus lamentables sonidos, Harry agarró al chucho, que lloriqueaba y gruñía alternativamente, por el collar de cuerda deshilachada y ofreciéndole un mendrugo de pan consiguió llevarlo escaleras abajo hasta la calle. Así de fácil tendría que ser con Levenspiel.

Mientras subía cansinamente las escaleras, Lesser oyó gritos sofocados, lejanos gemidos. ¿Tal vez había una empresa de pompas fúnebres en las cercanías? En otras ocasiones había oído ya sonidos parecidos, indistintos, fluctuantes. Difícil decir de dónde venían o qué eran —parecían arrancados del rumor de la ciudad, ¿desenterrados?— y canturreados en una extraña lengua. Eso si uno tenía un oído especial, lo cual no siempre es una suerte. Buscando un origen más real a aquello que oía, Lesser se detuvo en el rellano del quinto piso con la oreja pegada contra la puerta sin tirador a la espera de rumores interiores, ¿acaso un pie de cabrón que desencajaba una pared crujiente?, ¿el casero que se arrastraba para asestar un golpe secreto? Maldita sea, no era posible, porque el último inquilino legal no había sido formalmente advertido. No se puede derribar un quinto piso sin desplazar el sexto, aunque éste consiguiera flotar durante un rato. Sin embargo sentía miedo. Lesser temía por la casa y a veces, lo que era peor, temía la casa. El apartamento, mientras Lesser escuchaba, parecía lleno de vientos quejumbrosos. El saco de Eolo. ¿Por qué los vientos, que nada tienen de humano, emiten sonidos humanos? Empujó la puerta y entró escuchando: puro profundo silencio. Harry fue de una habitación a otra, la antigua cocina sin el fregadero, robado, con una gamella abandonada y agrietada; el cuarto de estar, un círculo de peludos hombres que se divertían en tres paredes; los dos dormitorios desnudos, la bañera sucia de residuos, de meados. El silencio florecía en un sonido elemental, silencio extremo, profundo: música de cementerio.

Lesser sentía en la casa —¿herencia acaso de la visita de Levenspiel?—, más fuerte que nunca, una presencia que no era la suya. Nada nuevo, pero ¿quién? ¿Un investigador privado que espiaba, vete a saber por qué?;

es imposible llegar a saber todas las artimañas para un desahucio. ¿Un visitador anónimo que iba de piso en piso, sin plan ni propósito, pero con un puñal escondido? Tu casa es donde, si llegas, no serás asesinado; si te asesinan no es tu casa. El mundo está lleno de gente invisible que acecha a gente que no conoce. Rondaban más extraños que nunca. Dios, desde la aurora del hombre, hubiera tenido que preocuparse de decir los nombres: Jacob encuentra a Ismael. «Yo no soy el hermano de mi hermano». ¿Quién lo dice? De vuelta en su estudio, Lesser se puso a escribir apresuradamente, como si hubiera oído el fin del mundo que caía en la fosa del tiempo y quisiera escribir su última palabra antes de que todo terminara.

Una mañana, temprano, mientras el escritor, con su bolsa de pan y leche, estaba abriendo su puerta de triple cerradura, hubiera jurado que oía el ruido de una máquina de escribir que venía de uno de los apartamentos que daban al rellano, y durante un minuto jugó con la idea de haberse dejado a sí mismo trabajando mientras él iba a la compra. Lesser se volvió para contemplar el rellano débilmente iluminado.

El rellano vacío estaba vacío.

Escuchó, esforzándose para hacerlo, y si bien escuchaba para no oír, oyó el apagado tic-tac inconfundible de una máquina de escribir. Aunque aquel ruido le era familiar, le parecía que lo oía por primera vez en su vida, sensación no exenta de envidia competitiva. Llevaba mucho tiempo escribiendo un solo libro, ¿había alguien allí escribiendo otro? Lesser sintió que su cuerpo perdía calor y que se le estaban erizando los pelos, pero reflexionó: escribir a máquina es escribir a máquina, y una máquina de escribir, al menos mientras se usa, no es un arma letal. Pero reflexionaba otra vez: ¿quién sería el desconocido mecanógrafo?

Entró en su piso, dejó las cosas que había comprado y salió de nuevo al rellano a escuchar. De puntillas, pasó delante de una puerta cerrada y de otra inexistente. Se asomó a la oscura vivienda vacía. No había nada que realmente pudiera ser oído. Al explorar el otro lado del rellano, la localizó finalmente en la puerta contigua a la suya, en el piso de Holzheimer, asombrado de haberla buscado lejos y de encontrarla cerca.

Hubiese deseado que Holzheimer estuviera allí para hacerle compañía en aquel despoblado lugar. El viejo, por supuesto, se había ido y, además,

no sabía escribir a máquina. La puerta estaba entornada. Lesser, con la cabeza inclinada, escuchaba. Tic tic tiquitic tic. ¿Tal vez Levenspiel había montado allí una oficina, una sucursal de la CIA para informar sobre Harry Lesser que estaba escribiendo una novela subversiva? ¿Acaso cada letra que él escribía a máquina sobre el papel se proyectaba en una pantalla en el despacho del fiscal general, Ministerio de Justicia, Washington, D.C.? Para resolver la incertidumbre dio a la puerta entornada un valiente empujón y la puerta, crujiendo, se abrió. Estaba dispuesto a huir, pero no apareció nadie; tenía que entrar.

En la antigua cocina de Holzheimer, ante las ventanas heladas, estaba sentado un negro delante de una mesa de madera, escribiendo a máquina de espaldas a Lesser. Aunque hacía notablemente frío —radiadores y tuberías arrancados y los agujeros de las tuberías tapados para impedir la inundación— aquel hombre iba vestido sólo con un mono de tirantes entrecruzados sobre un suéter de lana verde cuyas mangas tenía remangadas hasta los codos. El negro, a primera vista, parecía un tipo gordo, pero luego uno se daba cuenta de que la que era grande era la máquina de escribir y que él, aunque ancho de espaldas y robusto, era de estatura media. Tenía la cabeza inclinada sobre una vieja L. C. Smith, anterior a la Primera Guerra Mundial, semejante a una fortaleza en miniatura.

Aquel hombre, con la cabeza inclinada en señal de concentración, indiferente a Lesser, escribía a máquina enérgicamente con dos dedos gruesos y toscos. Harry, aunque impaciente por ponerse a trabajar, esperaba, experimentando por lo menos dos sentimientos: desasosiego por su intrusión, rabia por el negro intruso. «¿Qué narices está haciendo en esta casa? ¿Por qué ha venido? ¿De dónde sale? ¿Cómo me lo voy a quitar de encima? ¿De dónde saco el tiempo?». Pensó en telefonar a Levenspiel, pero a lo mejor era el propio casero quien había montado aquel tinglado. Después de dejar pasar un rato para que su presencia fuera notada —no sería él quien interrumpiera a un hombre escribiendo— y para obtener algunos datos básicos informativos, siguió esperando. El negro tenía que saber que había alguien allí, de pie, porque la puerta, al abrirse, había establecido una corriente de aire y Lesser había estornudado; pero no se volvía a ver quién era. Escribía a máquina seriamente concentrado, pensando cada palabra concienzudamente y estampándola sobre el papel a golpes de émbolo de sus dedos toscos. El ruido hacía retemblar la habitación. Eso duró cinco largos minutos mientras Lesser se impacientaba.

Cuando el hombre que escribía a máquina volvió la cabeza, piel oscurísima y perilla, en sus grandes ojos líquidos en suspenso que contemplaban al escritor parecía reflejarse una indiferencia tan pura que casi era una amenaza. Lesser vio al mismo tiempo reflejada en ellos la sombra de su propio miedo. Tenía la cabeza grande, los labios moderadamente gruesos, sensuales, la nariz dilatada y los ojos hinchados por la concentración; pero era joven y no de mal aspecto, como si él mismo considerara que no tenía mal aspecto y eso le favoreciera. A pesar del frío parecía estar sudando.

—Pero hombre —se lamentó— ¿no ve que estoy escribiendo un libro?

Harry admitió, excusándose, que sí lo había visto:

—Yo también soy escritor.

Esto no desencadenó ninguna tempestad, ni el más pequeño signo de admiración. El negro contemplaba a Lesser como si no le hubiera oído, y el escritor pensaba ya que a lo mejor era un poco sordo, cuando el otro reaccionó. Suspiro de descanso. ¿Se habría dado cuenta de que él no era el casero? ¿A lo mejor estaba alardeando? Una sonrisa hubiera sido posible, pero no se produjo. Sobre la mesa, a la izquierda del escritor negro, había una pila de hojas manuscritas, sucias, gastadas, de las que a Harry le pareció que procedía un desagradable olor. Entonces se dio cuenta de que el negro se había quitado los zapatos, unos zapatos color naranja, y que estaba escribiendo en calcetines blancos de tenis. Movía los dedos de los pies. Era difícil discernir si aquel olor azufrado procedía del manuscrito o de los pies apoyados en el suelo. «Tal vez soy yo», pensó Lesser. ¿Olor de miedo? De todos modos, algo maloliente.

Luego, para poner las cosas en su punto, todas las cosas —por qué había esperado a hablar al negro y a advertirle de su presencia—, Lesser dijo:

—Soy el único habitante de esta casa, el único de este piso. Estoy intentando terminar un libro.

El forastero reaccionó ante la noticia moviendo los ojos pensativo.

—Muchacho, la vida es dura y triste. —Tenía la voz profunda, resonante, rasposa. Como si manifestara una decisión que decididamente hubiera tomado, añadió—: Desde ahora, y de acuerdo con las circunstancias, trabajaré todos los días aquí.

—¿Quiere decir que Levenspiel le ha dado a usted permiso?

—Lesser se sentía al borde de la angustia.

La presencia de aquel hombre en el piso se le antojaba una seria amenaza, tal vez la última variante de la táctica del casero para molestarle.

—¿Y quién narices es ése?

—El propietario de este inmueble, pobrecillo. ¿No lo conoce usted?, quiero decir, ¿no ha sido él quien le ha sugerido que trabajara aquí?

El negro lo negó con indiferencia.

—A mí no me interesa ningún casero judío. He venido aquí por casualidad y en seguida me ha gustado esto. He encontrado esta mesa en el sótano y la silla en una habitación de abajo, pero como arriba hay más luz, me he venido aquí. Estaba buscando un lugar tranquilo para escribir.

—¿Qué escribe usted, si no le molesta la pregunta?

—Esta es una pregunta personal y lo que yo escribo es asunto mío.

—Por supuesto. Lo que yo quería saber, por pura curiosidad, es si se trataba de narrativa o de otra cosa.

—Podría ser narrativa, pero eso no quiere decir que sea real.

—Nadie ha dicho que lo fuera.

El negro dijo que su amiga era una actriz Off-Broadway. —Por las mañanas, cuando no trabaja, que es cuando no tiene ensayo, el apartamento es demasiado pequeño para los dos. No me deja en paz y me impide trabajar. No digo que no aprecie su compañía, sobre todo cuando estoy cachondo, pero no cuando me apetece escribir. Lesser asintió con la cabeza: conocía el tema.

Le contó al forastero que Levenspiel hacía todos los posibles por echarlo para poder derribar el edificio.

—Pero soy de renta limitada, de manera que tiene para rato. Mi nombre es Harry Lesser.

—Willie Spearmint.

No se dieron la mano, aunque Lesser lo deseaba y por eso había levantado su blanca patita. Que allí se quedó, tendida. En aquel momento de confusión sintió la tentación de hacer payasadas: Charlie Chaplin, con su bigotito apolillado, que examina su sensible extremidad para ver si es una mano o un pez que asoma para saludar y al que luego dirá que vuelva a casa; pero al final Lesser la retiró, sin crítica manifiesta ni implícita de nadie. ¿Quién había dicho que uno debía estrechar la mano de otro? No estaba escrito en la Decimocuarta Enmienda. Estuvo tentado de explicar que, siendo niño, había vivido durante unos años cerca de un congestionado barrio negro en la parte sur de Chicago y que allí tenía un amigo. Pero al

final no lo hizo. ¿A quién le importaba? Lesser se avergonzaba de haber molestado a Willie Spearmint. Cuando un hombre escribe a máquina —lo cual es un acto civilizado—, déjalo escribir donde quiera. Ocúpate de tus cosas.

—Siento haberte interrumpido. Ahora lo mejor será que vuelva a mi trabajo... mi tercera novela.

Ninguna reacción por parte de Willie si se exceptúa un vago gesto de conformidad.

—Bueno, perdona otra vez. Yo también detesto las interrupciones. De todos modos, llama a la puerta si necesitas algo, goma, lápiz, lo que sea. Vivo en el apartamento de la izquierda y, en general, estoy libre al anochecer, cuando he terminado de trabajar; cuanto más tarde mejor.

Willie Spearmint, que obviamente era un tipo con vocación, extendió los brazos vestidos de verde y agitó sus toscos dedos con un movimiento de descanso y satisfacción, tanto que Lesser lo envidió. Luego se inclinó sobre la gran máquina negra y, concentrándose en las palabras, siguió tiquititic igual que antes. Si Lesser seguía presente no parecía advertirlo.

Harry, una vez en su estudio, pensaba lo mucho que, después de todo, le gustaba estar solo en el último piso. «Creo que soy un tipo solitario, lo cual equivale a decir que soy el hombre adecuado para el trabajo que hago, es decir, en estas circunstancias. Detesto subir seis oscuros tramos de escalera pensando si voy a encontrar a alguien, hombre o animal, pero por otra parte me gustaba esta gran casa vacía. Mucho espacio para la imaginación. Estupendo sitio para trabajar mientras Levenspiel anda por ahí cobrando alquileres o entretenido en cualquier otra cosa. La verdad es que prescindiría con gusto de Willie Spearmint».

Poco después de mediodía —después que una sirena próxima ululara durante unos segundos para recordar, por si alguien lo había olvidado, el peligroso estado del mundo— Willie llamó a la puerta de Lesser con el tacón del zapato mientras sostenía en brazos y a duras penas su maciza máquina de escribir. Lesser, durante un segundo de sorpresa, no imaginando por qué venía, se asustó al verlo. Willie llevaba sobre el mono una túnica africana azul y púrpura en forma de saco. No llevaba el pelo cortado a la africana, sino peinado hacia delante, con raya a la izquierda, y levantado

por detrás, como una de esas baldosas sueltas que se levantan en el pavimento. La fina perilla le alargaba la cara y parecía resaltar la forma protuberante de sus ojos, más blancos que marrones. De pie medía un metro setenta y cinco. Más alto de lo que Lesser había imaginado.

—¿Podría aparcar aquí este trasto hasta mañana por la mañana? Me molestaría que me lo robaran de mi despacho. Hasta ahora la escondía en una alacena, pero no creo que sea un buen escondite. ¿Te parece?

Lesser, después de un momento de vacilación, estuvo de acuerdo.

—¿Has terminado por hoy?

—¿Y a ti qué te importa?

—Nada, pensaba solamente...

—Escribo de un tirón desde las ocho hasta mediodía, más o menos —dijo el negro—. Cuatro horas de trabajo intensivo y después basta. Me voy a ver amigos y cosas así. Escribir es como golpear el papel con un martillo de una tonelada. ¿Cuánto trabajas tú?

Lesser le dijo que unas seis horas, y a veces más. Willie, desabrido, se quedó en silencio.

Harry se interesó por su manuscrito.

—¿Quieres dejarlo también? Inútil decir que respetaría su secreto.

—Nones. Éste se queda con papá. Para eso llevo la bolsa.

Bajo el brazo izquierdo llevaba una gran bolsa de cierre de cremallera.

Lesser lo comprendía. La seguridad del propio manuscrito es una preocupación constante. Lesser guardaba una copia del suyo en una caja fuerte de un banco próximo.

—¿Alrededor de qué hora vendrás por tu máquina?

—Pongamos a las ocho más o menos, si no te fastidia mucho. Si un día no vengo, no te preocupes.

«Ese tipo se cree que soy su criado». Pero después de pensarlo mejor, Lesser dijo:

—A esa hora ya estoy levantado, menos los domingos.

—Los domingos los dedico a hacer el amor.

—Te envidia.

—¿Por qué? Pues anda que no hay ganado por ahí.

—Las mujeres que encuentro, en general, quieren casarse.

—Guárdate de las que son así —le advirtió Willie. Entró la máquina en el piso de Lesser y, después de inspeccionar el cuarto de estar, la dejó con

un gruñido debajo de una mesita, que tenía encima una maceta con un geranio, cerca de la ventana.

—Aquí está más a mano.

El escritor no hizo ninguna objeción.

—Caray, hombre —Willie contemplaba con envidiosa complacencia las estanterías llenas de libros, libros de pie, tumbados, revistas, pequeños objetos de arte. Inspeccionó la instalación de alta fidelidad de Lesser. Después, lentamente, pasó revista a los discos, leyendo en voz alta los títulos y los nombres de los intérpretes, ridiculizando algunos de éstos que no sabía pronunciar. Un Bessie Smith le sorprendió.

—¿Qué piensas de esta mujer?

—Es auténtica, me habla.

—Hablar no significa decir algo.

Lesser no quería discutir.

—¿Conoces la experiencia negra? —le preguntó Willie con mala intención.

—Conozco el oficio de escribir.

—Detesto todas esas gilipolleces que los blancos dicen cuando hablan de los negros.

Willie deambuló por el estudio de Lesser. Se sentó a su mesa, tecleó en su máquina de escribir, probó el colchón del diván, abrió el armario empotrado, miró dentro, cerró la puerta. Se acercó a una pared y examinó algunos grabaditos que el escritor había coleccionado. Lesser le habló del dinero que había ganado con la película. «Me dieron cuarenta mil dólares por sacar una película de mi libro. Aparte de la comisión de mi agente y viviendo con unos cuatro mil al año, he ido tirando hasta ahora».

—Chico, si yo pillara toda esa pasta, sería el rey de Monte Mierda. ¿Y qué harás cuando se te haya acabado?

—Ya casi se ha acabado. Pero espero terminar el libro para el verano, o tal vez antes, con suertecilla. El dinero que saque tendría que servirme para dos o tres años y escribir otro libro. Éste será más corto que el que estoy escribiendo.

—¿Y tardas tanto? ¿Tres años, quiero decir?

—Más. Soy un escritor lento.

Willie echó una última ojeada.

—Éste es un sitio cojonudo. ¿Por qué no damos una fiesta una noche de estas? Esta semana no, pero a lo mejor la próxima. Ésta estoy muy

ocupado.

Lesser aceptó. Aunque no se lo dijo, esperaba que Willie trajera un par de amigas. Nunca se había acostado con una negra.

Willie Spearmint llamaba a la puerta de Harry Lesser a las ocho menos cuarto. El tiempo de fin de año era malo y ahora, mientras escribía, el negro conservaba puestos los zapatos anaranjados y llevaba un cubrecabezas gordo de lana para protegerse del frío. Se lo hundía hasta las orejas y no se quitaba la túnica. Harry le propuso arreglar una vieja estufa eléctrica que tenía, para prestársela, pero Willie dijo que cuando escribía se le calentaban hasta los dedos de los pies.

A Lesser no le ocurría. Algunos días escribía a máquina con una bufanda alrededor del cuello y el abrigo sobre las rodillas. Tenía los pies helados incluso con la estufa encendida.

Si caía aguanieve o nevaba de verdad, Willie aparecía en la puerta, por la mañana, temprano, con la perilla blanca de hielo o de nieve. Sacudía el cubrecabezas empapado contra la puerta de Lesser para secarlo. A veces parecía inquieto, malhumorado, hasta tal punto que no podía ser sólo causa del tiempo. Cogía la máquina y la devolvía al mediodía, sin decir palabra a Harry ni pedirle siquiera un vaso de agua, a pesar de que en la cocina de Holzheimer los grifos faltaban y las salidas habían sido selladas. Por fortuna el baño del apartamento de Mr. Agnello, al otro lado del rellano en diagonal, funcionaba aún y así podía descargar allí cuando lo necesitaba.

Una mañana lluviosa, Harry, encallado entre dos escenas, estaba de pie junto a la ventana por ver si de la calle, de la ciudad, de la raza humana, le venía alguna idea, cuando vio pasar el coche de Levenspiel por delante de la casa picada de viruelas de enfrente y luego cómo el casero aparcaba su Odsmobile en la esquina. Levenspiel levantó la vista hacia la ventana, justo en el momento en que Lesser corría la persiana. El escritor fue inmediatamente adonde estaba Willie y llamó a la puerta. Ninguna respuesta. Giró el tirador y, gritando su propio nombre, entró.

Willie estaba chupando la extremidad de un lápiz amarillo ante un punto difícil de su manuscrito. Miró a Harry irritado por la interrupción.

Lesser le dijo que el casero estaba subiendo las escaleras.

El negro le miró con frío desprecio.

—Mándalo a tomar por el saco.

—Perfectamente —dijo Lesser molesto—, pero he pensado que debía avisarte. —Se excusó por la intrusión—. No estaba seguro de que me hubieras oído llamar.

La expresión de Willie, que seguía contemplando la página que estaba escribiendo, cambió lentamente. Parecía inseguro, interesado, aunque no preocupado.

—¿Cómo va a saber ese imbécil que estoy aquí si no me muevo ni hago ruido? No me digas que va metiendo las narices en todos los apartamentos, ¿verdad? Lesser no estaba seguro.

—En general, viene a fastidiarme cuando estoy escribiendo, pero podría entrar aquí cuando menos lo esperaras. Mi consejo es que te vayas al piso de abajo hasta que se haya marchado. Llévate el manuscrito, yo esconderé la máquina. Te avisaré en cuanto se haya largado. Llevaron la operación a cabo rápidamente. Willie bajó al quinto piso con la bolsa, llenada apresuradamente, y Lesser escondió la L.C. Smith en su bañera. No porque Levenspiel fuera a meter las narices allí dentro, sino por precaución. Cada seis meses, sólo por fastidiar, insistía en hacer uso de su derecho a inspeccionar la vivienda.

Pocos minutos después el casero tocó el timbre de Lesser y luego golpeó ásperamente la puerta. El escritor lo imaginaba subiendo la escalera resoplando, apoyándose en la barandilla. Levenspiel cojeaba un poco al caminar. Hubiera podido evitarse la expedición: era un tipo de ataque cardíaco.

—Abra un minuto. ¿Por qué diablos no abre? —gritó Levenspiel—. Así podríamos hablar de hombre a hombre.

—Estoy trabajando —repuso Lesser desde el cuarto de estar, hojeando un periódico mientras esperaba que el casero se marchara—. No hay novedad. El libro sigue adelante, progresa.

Un momento de silencio expectante. Cuando habló, Levenspiel tenía la voz ronca, profunda, más próxima a sí mismo, como si se hubiera ido a pasear por el parque, lo hubiera pensado mejor e intentara causar buen efecto.

—Lesser —dijo—, ¿se acuerda que le hablé de mi hija? Lesser se acordaba.

—¿La chica que violaron?

—Exacto. Ha cogido el dinero de la hucha que había empezado a llenar a los seis años y, de acuerdo con la nueva ley, ha ido a abortar. Dios sabe qué médico ha pescado, ¡cuentan tantas cosas! De todos modos, lo ha hecho sin consultarme y durante el raspado le han perforado el útero y le ha venido una hemorragia. Mi mujer tiene horror a la septicemia. Ahora voy a ver al hospital a mi niña.

—Lo siento, Levenspiel.

—He pensado que debía decírselo. Esas cosas no se pueden contar a todo el mundo, pero tal vez sí a un escritor.

—Cuenta usted con toda mi simpatía.

—Gracias —dijo el casero—, créame que la necesito... Así ¿qué hay de nuevo? —añadió al cabo de un minuto inútil.

—Nada.

—¿Nada de nada?

—Nada.

—¿Ningún cambio en su actitud hacia el género humano?

—Sigue impertérrita.

Levenspiel se fue en silencio.

Lesser procuró borrar de su cabeza el incidente. «Es un hijoputa listo, sabe que me siento culpable. Otro golpe así y hundo el piso y voy a parar al sótano. Apostaría que este es su plan».

Willie, que espiaba desde una ventana del piso de abajo, había visto salir al casero y había vuelto a subir. Llamó a la puerta de Lesser y sacó la máquina de la bañera.

—Judío asqueroso.

—Willie —dijo Lesser—, tengo que decirte una cosa: yo también soy judío.

—Lo digo desde un plano económico.

—Y yo lo digo desde un plano personal.

—De todos modos, gracias por estar de mi lado, chico. Muchas gracias.

—No hay de qué.

El negro sonrió, dientes bellísimos, gesto insólito.

—Hagamos esa famosa reunión el viernes. Yo traigo a mi chavala y se lo digo a unos amigos.

Entre los amigos de Willie que subieron los seis helados tramos de escalera hasta el piso de Lesser, durante una tormenta de nieve el primer viernes del nuevo año, con la cabeza empolvada de blanco, estaba la «chavala» de Willie, Irene Bell, la cual, para sorpresa de Lesser (que ese fuera el tipo de Willie, esperaba una mujer menos aparente) era una chica blanca que confinaba con la belleza. Pero no la poseía del todo. Y Lesser no sabía por qué. Era como si la belleza fuese una obligación que ella no aceptaba del todo. Había echado una ojeada al espejito de la pared —sus ojos titubearon— y después había vuelto la cabeza, molesta, mientras se quitaba la voluminosa capa. Tenía en la cara una sonrisa cansada, de ángulos agrios, y una expresión preocupada. Alguna tristeza. Lesser la contempló. Willie, al presentársela, dijo que era su chavala blanca, pero no mencionó su nombre. Después ella se apartó. El escritor pensó que habían discutido por el camino.

Los otros eran una pareja negra: Mary Kettlesmith, una chica atractiva, de culo duro, con una expresión abierta y animada y un bonito tipo. Llevaba un abrigo de piel sintética, todo de ricitos, y una sencilla minifalda blanca con medias rojas. Hablaba con desenvoltura y cuando Willie se la presentó, ella apretó el brazo de Lesser con las dos manos. Él le apretó el suyo y sintió varios deseos. Sam Clemente, su amigo africano, de gafas, era un tipo tranquilo y vacilón. A Harry le resultó ni fu ni fa. Tampoco él se encontraba en gran forma. Esperaba a catorce personas, pero a causa del tiempo eran sólo cinco. Se sentía solo, estúpido por no haber invitado a una mujer para él.

Willie, como si no pudiera prescindir de él, llevaba su suéter de escribir, adornado con un collar árabe de cuentas de vidrio grandes como nueces. Además le amañecaban unos pantalones muy ajustados de color amarillo y unos zapatos de dos tonos, marrones y negros, mojados por la nieve. Se había peinado y echado brillantina en la perilla y el pelo y parecía dispuesto a divertirse. Se movía ligero, contoneándose, chasqueando los dedos. Aunque no pretendía ser ingenioso, lo que decía les hacía reír y sus gestos eran divertidos. De cuando en cuando miraba a Irene que estaba sentada junto a la ventana y a veces lo hacía como ausente, como si intentara recordar algo que había olvidado. ¿O acaso oía voces? Había algo nuevo en aquel extraño que había subido desde la calle hasta el piso donde Lesser había vivido solo durante meses y que ahora era un vecino, un colega escritor, tal vez un futuro amigo. Su solitaria amiga, que acaso sólo

esperaba una palabra amable, lo miraba desde lejos, indiferente. Si Willie se daba cuenta, no parecía afectarle demasiado: bromeaba con los que tenía cerca. Lesser pensó con qué facilidad se desembarazaba de su yo de escritor, mientras él, en su mente siempre activa, raramente dejaba de escribir. Decidió disfrutar de la velada.

Aunque fingiendo que no, Lesser contemplaba concienzudamente a aquella actriz Off-Broadway. Él fingía, no ella. Irene estaba sentada como diciendo que ella no era más que lo que él veía, que no tenía nada que declarar sobre sí misma. Tendría unos veinticinco años, con largos cabellos teñidos de rubio que le caían, espesos, por el hombro izquierdo para después cruzarle el seno como un emblema, cuyo misterio hería en lo más profundo al anfitrión. «Dos mujeres entran en mi casa y yo en seguida no entiendo nada». Dio la bienvenida a un viejo yo.

Salida de su momentáneo aislamiento y de aquel estado de ánimo indescifrable, la actriz se quitó las botas mojadas y, vaso en mano, comenzó a explorar el apartamento, con sus pies, ligeramente vueltos hacia dentro, grandes y finos como convenían a una chica alta como ella. Por donde pasaba dejaba un perfume de gardenia que Lesser olía. Harry sentía debilidad por las flores. Irene llevaba una falda corta abotonada y una blusa rosa fuerte. Los pechos, de un blanco de leche, visibles cuando se inclinó para sacudirse un poco de ceniza del cigarrillo que se le había caído en una rodilla. Se sentó en el escabel de Lesser con las piernas separadas. Lesser miró hacia aquella profundidad. Irene se levantó como si se hubiera sentado sobre una cesta de huevos. Le dijo algo a Mary, que se rió tapándose la boca con las manos. Lesser huyó a su estudio.

«Dios mío, ¿por qué todos mis deseos son tan visibles?». Al rato volvió. Habían puesto música y sus invitados bailaban. Mary, espléndidamente, con Sam; Irene con Willie. Lesser sospechó que había sido ella quien lo había sacado a bailar y no al revés. Bailaban al son de unos discos de rock que Willie había traído en una bolsa de papel, una negrura de hombros y traseros ondulantes.

Y aunque bailaban como si realmente lo hicieran unidos, Willie con sus ojos pesados y burlones concentrados e Irene dando vueltas a su alrededor con una muda sonrisa en su pálido rostro, como si la cara no bailase y estuviesen solos ellos dos, el escritor advirtió que se movían en parte para evitar el contacto mutuo, aunque no dejaban de hablar intensamente todo el rato. Intentaban valorar el nivel del mutuo

descontento. ¿O acaso se engañaba y aquella aparente resistencia del uno al otro era una especie de vinculación, una emoción ambivalente más fuerte que cualquier otra pura? Lesser intentó por dos veces entrometerse en su baile, pero ninguno de los dos se lo permitió. Sin embargo, en un momento determinado, Irene abofeteó a Willie. Él la abofeteó más fuerte. Ella lloró durante un minuto y después siguieron bailando.

Lesser probó con Sam y Mary: Sam de momento resistió, pero Mary lo dejó plantado y se encaró con Harry. La negra bailaba con él como si continuase un baile iniciado anteriormente. Tenía los ojos entornados y sus movimientos eran sensuales. Lesser se detuvo para contemplarla. Mary abrió los ojos, se echó a reír y le tendió los brazos. Él se acercó con su modesto contoneo mientras ella se meneaba exóticamente. Sus pasos eran rápidos, graciosos, mágicos. Bailaba como las hojas alrededor del árbol de Lesser. Él se desasíó y comenzó a moverse solo, mientras Mary lo animaba. Bailando a lo negro en el centro de la habitación —Sam orinaba por la ventana en la tempestad de nieve—, Mary le susurró a Lesser que vivía dos manzanas más abajo. Después de haber meditado sobre el alcance de esta información, Lesser, más tarde, en el estudio, se propasó, mientras el rock sonaba a todo volumen; Sam estaba medio atontado y Willie e Irene seguían empeñados en su curioso rito sexual.

Excitado por Mary, Lesser la besó y metió la mano por debajo del sostén. Ella, jadeante, correspondió con un húmedo beso, pero no demostró ninguna intención de seguirle cuando Lesser intentó llevarla hacia el diván. Se diría que estaba pensando algo. Luego, con un suspiro, le estrechó las manos y lo apartó.

Mary tenía los ojos brillantes. Estaba de pie con la pelvis sacada, el cuello arqueado. Tenía los pechos pequeños, el cuerpo delgado, las piernas finas y muy bien formadas. Harry, convencido de que su deseo inflamaría el suyo, le levantó la minifalda por encima de las medias rojas.

Mary lo rechazó con fuerza.

—Fuera, cerdo. Hueles.

Lesser sintió que de repente le abandonaba el deseo.

—No quería ofenderte.

Al cabo de un tenso minuto, ella se ablandó y le dio un beso fugaz.

—No lo tomes como cosa personal. Yo, para las cosas del sexo, tengo que hacerme a la idea. Soy así. Si eres bueno conmigo, yo también lo seré contigo. ¿Okay? Harry le ofreció una violeta artificial que había en un jarro

en el antepecho de la ventana. Mary tomó la flor, buscó donde podía prendérsela en el vestido y luego la metió en el bolso que estaba sobre el diván.

Él se excusó otra vez.

—No te preocupes, Harry. Me gustas.

—Entonces, ¿qué es eso del olor?

—Que hueles a blanco. Eso es todo.

—¿Y cómo es ese olor?

—La falta de olor.

—Entonces no me preocupo.

—No —dijo ella—. La vida es demasiado corta. ¿Okay? Sam miró hacia la habitación y Mary cogió el bolso y fue hacia él. Lesser se dijo que debía ir con cuidado para que su pobre fiesta no terminara mal.

Harry pide a Willie que le preste un petardo liado con papel de color fresa.

Willie le ofrece compartir el suyo. Se sientan con las piernas cruzadas en el suelo de la pequeña cocina, hombro contra hombro, y empiezan a pasarse el cigarrillo húmedo y arrugado.

—Esto es hachís libanés. No lo huelas, chico, aspíralo hasta el estómago.

Lesser retiene el humo dulce y ardiente hasta que la habitación se vuelve inmensa y radiante. Se levantan arcos. La ventana rosa se tiñe de un rosa profundo. Suenan campanas en una capilla sumergida.

«Ahora la catedral es una isla flotante que huele a selva y a flores después de un aguacero de verano. Raíces de miles de árboles serpentean por el agua amarilla. Estamos solos en esta isla flotante, Willie, llena de siemprevivas y de rojas rosas silvestres. Nos movemos con la corriente. Suenan campanas en los profundos bosques. A ambas orillas del río hay gente que nos saluda al pasar. Agitan banderas rojas, blancas y negras. Tenemos que saludarles, Willie. Yo saludo por este lado. Ellos aplauden y yo saludo. Deberías saludar también por ese otro lado.

Gracias, amigos, el próximo será aún mejor.

¿Quiénes son esos tipos, negros o blancos?

Tipos negros con sombreros blancos y tipos blancos con sombreros negros. Gritan hip hip hurra porque somos buenos escritores. Manifestamos

los yos que creemos conocer. Les decimos quiénes son y por qué. Les hacemos sentir lo que nunca hubieran creído poder sentir. Lloran por nuestras lágrimas y ríen al oírnos reír, o al contrario, no importa.

¿De qué trata tu libro, Lesser?

De amor, supongo.

Willie ríe entre dientes mientras rema con calma, seguro, los músculos tensos sobre el agua que se encrespa. Trata de un tipo que escribe porque en realidad nunca ha dicho la verdad y se muere de ganas de hacerlo. ¿Y el tuyo de qué trata, Willie?

De mí.

¿Cómo anda?

A cuatro patas, chico, al galope. ¿Y el tuyo?

A la pata coja. Clop.

Voy a ganar ese jodido premio Nobel. Me darán un millón de los grandes en dinero.

Después de mí, Willie. Estoy trabajando desde la era glaciaria y mañana será otro día».

Willie rema fríamente, mirando hacia delante a la rápida corriente que se ensancha, atento a los troncos sumergidos, a los bancos de arena, a los cascotes de los barcos hundidos.

«Es más, estoy escribiendo mi mejor libro. Quiero que toda esa buena gente a ambos lados del río agite sus banderitas de papel, todos esos grises y negros, y confiese que Harry Lesser es el rey David con su arpa de seis cuerdas, sólo que las notas son palabras y los salmos narración. Está escribiendo una pequeña obra maestra, aunque no tan pequeña. ¿Son pequeños los salmos? Lesser vitorea tres veces a Harry Lesser.

Para ti, chico. Para ti la mierda. Para ti el carbón y ya verás qué humo. Para ti el pan. Quédate con el ruido, pero la sustancia es para mí.

No es más que dinero, Willie. ¿Y el recuerdo en el futuro, esa pequeña inmortalidad? Considera la condición humana y lo poco que dura.

Quiero el poder verde. Quiero dinero para llenar el sexo blanco de mi chavala. Quiero hacer el amor con dinero.

Piensa en esta sagrada catedral en que estamos, Willie, en estos suaves tañidos de campana. Me refiero a esta isla flotante, llena de flores, repleta de rosas. Creo que lo que quiero decir es: ¿no piensas en el arte?

No digas gilipolleces. Me dan asco, me dan retortijones en el jodido hígado de mi madre. No menciones esa asquerosa palabra.

El arte es la gloria y sólo un *shmuck*¹ no lo cree.

Lesser no me toques las narices con esa palabra judía. Sé perfectamente de qué estás hablando. No creas que no lo sé. Sé que estás intentando robarme la virilidad. No me gustan todas esas cosas, *shmuck* de circuncisos. Los judíos quieren debilitarnos la sangre para apoderarse de todo. Las judías son las mejores putas que hay y quieren aguaros la sangre haciéndonos circuncidar.

Y los médicos hacen la operación porque temen que, si no la hacen, nos apoderaremos del país y os echaremos. Eso es lo que temen. Una vez tenía un amigo y se hizo circuncidar porque su puta judía lo quería y ahora se ha convertido en un marica porque ha perdido su virilidad. Con una mujer es incapaz de hacer nada. Basta ya con esas cosas, Lesser, judío de mierda, estamos hartos de que nos deis por el saco.

Si eres un artista, no puedes ser negro, Willie.

WILLIE

Negro, negro, nunca acaba
Ojo grande y ancha cara.

LESSER

Negro, negro, resplandece
En la noche de la selva.

Willie rema hasta que sus ojos se convierten en dos piedras blancas. Rema mientras duerme. Las orillas del río se desvanecen en la oscuridad. Los aplausos son estrellas silenciosas. La isla floral desaparece en la niebla. Una galaxia se mueve como una rueda enjorada en el cielo nocturno.

Voy a echar una bomba atómica sobre la primera polla blanca que vea.
«Lesser lucha contra nubes de mosquitos».

Lesser, solo en su pequeña reunión, va a hablar con la amiga de Willie. Ella había estado deambulando entre el cuarto de estar y el estudio, tal vez para evitarlo. No había paz en sus ojos ni en sus grandes pies. Cuando Lesser había estado a punto de entrometerse en su baile con Willie, había oído a

éste que le decía: «Irene, no puedo acostarme contigo esta noche. Sabes lo difícil que es la parte del libro que estoy escribiendo. Necesito toda mi fuerza y todo mi jugo para trabajar mañana. Espera hasta domingo».

—Detesto tu asqueroso libro —había dicho Irene.

La calefacción se había apagado y el apartamento estaba frío. Irene se hallaba tumbada en el sofá de Lesser, tapada con su larga capa. Cuando el escritor se metió debajo de la capa, Irene no dijo nada. Su cuerpo olía a gardenia con un ligero toque de sudor. Sam y Mary, negro con negro, estaban dormidos en el estudio, sobre el diván, con la estufa eléctrica encendida. Willie, con un petardo entre los labios, seguía remando en el suelo de la cocina.

Irene llevaba en la cabeza rubia una corona de violetas de cera que se había tejido tomándolas de un ramo que una de las mujeres del pasado de Lesser había dejado en un pichel cuarteado junto a la ventana del estudio. Estaban descoloridas, pero resaltaban al verde azulado de sus ojos. Lesser se había dado cuenta de que Irene se comía las uñas hasta el pulpejo, que se depilaba las cejas y que se las mal dibujaba con un lápiz marrón. Una era demasiado larga, la otra demasiado corta, y así su rostro tenía un aspecto apayasado. Lesser hubiera jurado que no estaba contenta de sí misma.

—¿Cuál es el verdadero color de tu pelo?

—Negro —repuso Irene desafiante, en voz baja—. Y me llamo Belinsky, no Bell. Y Willie es mi amante desde hace dos años. ¿Qué más quieres saber? Yo sé por qué te has tumbado aquí. Has oído que Willie me decía que no se acostaría conmigo esta noche. Te he visto escuchar.

—No me desagradaría ofrecerte mi semen creador.

—Vete a tomar por el culo. Yo soy la amiga de Willie. Era una velada deprimente. Lesser se oyó disculparse otra vez.

—No es por lo que ha dicho Willie. Cuando has llegado esta noche, he tenido la sensación de algo perdido en el pasado.

—¿Qué pasado?

—Como si yo no hubiera estado donde debía cuando tú deseabas algo.

—Ya tengo lo que quería.

Lesser pensó cómo iría el trabajo a la mañana siguiente. Probablemente mal.

—¿De qué trata tu libro? —preguntó Irene.

—De amor —dijo él con un suspiro.

—¿Y qué sabes tú del amor?

Lesser no quería decirlo.

Ella se durmió con una sonrisa amarga.

Willie apareció en la habitación.

—Calma, muchacho —le dijo a Lesser que estaba en el sofá—. Esas cosas no debes decírmelas.

Cuando Willie y sus amigos salieron, la tormenta de nieve había cesado. El negro, con los ojos todavía vidriosos, golpeó a Lesser en la espalda.

—Los dos estamos locos por el arte, chaval. Vamos a ser carne y uña. Se abrazaron como hermanos.

Pocas horas después, Willie regresó para buscar su máquina de escribir y a pesar de que movía los labios nerviosamente, no dijo palabra a Lesser. Tenía una expresión tensa. Parecía un hombre acuciado por dos pensamientos, ninguno de los cuales podía resistir.

Lesser, a lo primero, temió que Irene le hubiese contado que él había intentado trabajársela después de haber oído la frase de Willie o que tal vez Mary Kettlesmith le hubiese descrito sus acrobacias con su minifalda.

Pero Willie no tenía nada que decir y, alarmado ante la idea de una discusión que pudiera estropearle la mañana que llevaba en equilibrio como una pelota sobre la nariz, el escritor le correspondió con un estricto silencio. Era algo más que resaca lo que tenía. Se sentía torpe por la falta de sueño, preocupado por su trabajo. Willie, con un gruñido, agarró la máquina y salió al rellano. Lesser cerró la puerta con una sensación de alivio y se puso inmediatamente a escribir. Trabajaba seguido. Tenía un buen día. Eso le pasaba a veces cuando estaba preocupado pensando que la falta de sueño le impediría concentrarse. A las doce y media el negro no había aparecido aún. A las siete de la tarde, mientras lavaba los dos platos de la cena, el escritor se sorprendió preguntándose —¿deseándolo?— si Willie, por algún motivo, se había marchado, si había encontrado otro lugar donde trabajar. Tal vez una casa de apartamentos abandonada toda para él. Lesser podía perfectamente prescindir de sus visitas diarias con aquel aire de no querer favores, aunque él siempre estaba dispuesto a ayudar a un colega. Los escritores se ayudan entre sí. Bueno, hasta cierto punto: *su* obra era antes que nada.

A las nueve de la noche, mientras Lesser leía sentado en su mecedora, Willie dio unos puntapiés en la puerta y apareció apretando la máquina contra el vientre como si estuviera embarazado de ella. Después de dejarla debajo de la mesa y al cabo de un minuto de reflexión, dijo:

—Lesser, tendría que decirte algo.

El escritor tomó en seguida sus medidas y comenzó a excusarse por haberse comportado de aquella forma la noche anterior.

—Yo creo que fue el *hashish*. No me va. Lo mejor que puedo hacer es no fumarlo más.

Willie se pasó una uña por la raya del pelo. Al cabo de un rato se rascó la palma de las manos con sus uñas duras y oscuras, cerró los puños y se los sopló. Arrastró un pie, después otro.

Lesser se sentía incómodo. ¿Había estado viendo viejas películas de Stepin Fetchit o la cosa iba en serio?

Willie rompió a hablar bruscamente.

—He pensado que podría dejar aquí esta noche el manuscrito de mi libro.

—Ah, con mucho gusto —dijo Harry, tranquilizado de que sólo se tratara de aquello—. No te preocupes, que nadie lo leerá. Te doy mi palabra.

Willie, agitado, respiró profundamente.

—Lo que te estoy *pidiendo* es que lo leas.

Se dobló como presa de un espasmo, pero se enderezó en seguida.

—¿Te duele la barriga?

—El libro. Estoy revisándolo otra vez en parte, pero cada vez que lo leo pongo algo nuevo, como si la primera vez no lo hubiera hecho bien. La descripción es confusa, ¿me entiendes? Ayer creía que había escrito algunas páginas buenas, pero al pensarlas en el apartamento de mi chavala, todo lo escrito se me derrumbó en la cabeza como un castillo de naipes. Chico, esto te hace polvo. No tenía ninguna gana de venir a tu reunión. Quería ponerme a escribir y no levantarme hasta lograr separar el grano de la paja, pero Irene me dijo que me convenía airearme un poco y divertirme. Hoy he pasado el día leyendo mi libro y tengo la sensación de que en algunos sitios me he salido del buen camino, pero ahora no sé cuándo empieza este camino ni por qué. Todo lo que ahora leo me parece desenfocado, como si llevara las gafas de mi abuelito, y eso me saca de mis casillas. Tengo la sensación de que soy otra persona.

¿Qué crees que debo hacer, Lesser?

El escritor, consciente de que Willie pedía consejo en serio, dijo cautelosamente:

—Si te colocas a la distancia justa, es fácil encontrar otra vez la perspectiva. A veces, cojo un capítulo de los primeros y vuelvo a escribirlo a máquina tomando nota de lo que no me satisface. Este es un modo de profundizar en el asunto, pero hay otros.

—Esa tontería ya la he hecho —dijo Willie impaciente—. Lesser —prosiguió intentando reprimir la emoción de su voz—, me ahorraría preocupaciones y molestias si quisieras echarle un vistazo y me dijeras lo que está mal.

—¿Quieres que lea tu manuscrito?

Willie, desviando sus ojos endurecidos, asintió.

—Eres la única persona que conozco que ha publicado dos novelas.

Harry aceptó de mala gana.

—Lo haré si realmente lo quieres.

¿Qué más puede hacer un hombre?

—¿Te lo pediría si no lo quisiera?

El negro le lanzó una mirada de odio mientras salía de la habitación.

Harry leía despacio el maloliente manuscrito de aquel tío susceptible; casi doscientos apretados folios grandes. Al principio lo leía de mala gana, saltando frases. Lo leía con dos mentalidades: una curiosa, la otra reacia. Se lo había prometido a Willie, pero después basta. No quería verse envuelto otra vez en sus insatisfacciones, sus sentimientos, su trabajo.

El viento, en la calle, se lamentaba, mientras Lesser leía tapándose la nariz con un pañuelo para protegerse de las emanaciones. En los casi diez años que llevaba viviendo en aquella casa nunca había oído un quejido tan puro y sostenido fuera de la ventana: el viento era como un fantasma viviente que se persiguiera a sí mismo. Una puerta golpeó a lo lejos y volvió a golpear. Lesser se levantó dos veces de un salto mientras leía. Oía murmullo de voces en el rellano. ¿Sería Willie que vagaba por allí hablando consigo mismo? ¿Levenspiel que refunfuñaba? ¿Exploradores llegados a bordo de un buque perdido? ¿O bien voces de los abismos? Fue a la puerta y miró por el ojo de la cerradura. Nada, excepto el oscuro rellano. Lesser descorrió el cerrojo y, en zapatillas, fue a la guarida de Willie, esperando oír

de un momento a otro su ahogado tic tic, aunque la voluminosa máquina de escribir estaba bajo la mesa, junto a la ventana. Dentro, ningún sonido digno de consideración. Tal vez una rata que huía por un agujero del cuarto de baño. Nada que sucediera de verdad, sino la imaginación que estaba haciendo horas extraordinarias, el verdugo del escritor. «Trabajabas con ella, tenías que convivir día y noche en aquel genio hiperactivo». Sin embargo escuchaba obsesivamente, como si pudiera perder alguna migaja de experiencia de no hacerlo así. Luego llamó a la puerta con las uñas, giró el tirador y entró. Pura noche oscura, ni luna ni estrellas. ¿Quién era capaz de ver a un negro en aquella negrura?

—¿Willie? —susurró Harry.

Encendió la bombilla de cien watios que Willie había atornillado en el casquillo un día lluvioso. La cocina desnuda, iluminada de repente, parecía lejana. La mesa y la silla desencuadrada de Willie... solas, distantes, sin el escritor escribiendo eran dos pedazos de madera, pero con alguien escribiendo en ellas eran un digno escritorio y una silla, un lugar serio de trabajo, la fábrica de la ficción.

Lesser volvió a su piso y siguió leyendo. El manuscrito literalmente exhalaba olor a gas. Acaso el hedor de la fatiga, el sudor acumulado de Willie Spearmint más algo enmohecido o con olor a moho. Tal vez olor a rancio puerto en evidencia por el componente químico de aquel papel verde barato, blando papel azufrado, escrito a máquina y borrado muchas veces con una goma que olía a goma, y reescrito, etc. O tal vez aquel hedor que llegaba hasta su nariz procedía de las malolientes vidas que las palabras creaban o de sus vindicativos pedos humanos. El libro de Willie se había titulado primero *Un negro no es una mierda*, título tachado y sustituido por *Vida fallida*, por Bill Spear, ingenioso seudónimo, en parte apellido, en parte arma de caza tribal, más una alusión a Shakespeare y también a Willie. Había un tercer título tímidamente escrito a lápiz. Examinándolo atentamente con el ojo que mejor veía, Lesser leyó *Escritor negro*, seguido de un interrogante. Sea como fuere, el manuscrito, que Lesser leyó lentamente, tomando notas, durante tres noches —a Willie le gustaba tener las páginas amontonadas delante, encima de la mesa, mientras seguía trabajando largas horas en lo que estaba escribiendo o reescribiendo o bien mecanografiando—, estaba dividido en dos partes principales. Aparentemente una Vida y unas Obras, seis capítulos de la primera, con un total de ciento cuarenta y ocho páginas, seguidos de cincuenta narraciones

cortas de tipos de Harlem que vivían su experiencia negra, lo cual no era una mala manera de enfocar una autobiografía, aunque Willie nunca lo hubiese llamado así. Nunca había hablado mucho de su libro. Lesser había creído que se trataba de una novela, posiblemente porque él estaba escribiendo una.

El libro, aunque por diversos motivos no era una obra perfecta, era absorbente. La historia humana de Willie. De «Muchacho del Sur» a «Escritor negro», pasando por «Sur arriba», «Noches de Harlem», «Educación de la cárcel». El último breve capítulo se titulaba «Escribo por la libertad de los negros». El libro era sobre todo naturalista y confesional. Las aventuras de Willie narradas sencillamente, con un estilo que iba del inglés *standard* a la jerga negra, y tanto aquél como la psicología mucho más sofisticados de lo que Lesser hubiera imaginado. «Yo» crecía en el Mississippi campesino en la más pura pobreza negra. Más que los blancos, lo maltratan parientes y amigos, pero, según parece, lo único que comprende de su vida es hasta qué punto *los* odia porque explotan a los negros que le explotan a él, sobre todo a su miserable madre y al lameculos blancos de su padrastro. Un día, Willie, a los trece años, se encuentra en un camino a un blanco que lleva sombrero de paja, y cierra los ojos con fuerza para que el Hombre no vea en ellos la imagen del Muchacho Negro que aplasta con el talón sus malditos huevos blancos: «Mi odio hacia él fue tan puro que ha seguido calentándome el resto de mi vida».

Para escapar de su cementerio primigenio, un Edén donde lo negro jamás florece, toma un tren y va a Detroit. «Donde pasé la mayor parte de mis días limpiando las letrinas de los blancos de la Ford Company». Y mientras, se introduce en los vestuarios para robar moneda suelta, pero a pesar de ganarse algunas broncas, nunca le pillan. Finalmente tiene que enfrentarse con el odio que anida hacia sí mismo como un perro enfermo en un sótano. Eso se le pone de manifiesto de repente, como una patada en la cabeza, el día en que, por motivos de los que no está muy seguro, le pega una paliza a su novia negra y la deja medio muerta. La acusa de haberse acostado con un blanco, aunque ella jura, y él en el fondo la cree, que no es verdad. Lo que ha hecho a su novia de diecisiete años, a la que le ha partido la cara, se convierte en la horrible conciencia de algo espantoso que está en su naturaleza. El pánico de su culpa lo aplasta. «Pensaba que si me miraba en el espejo, vería que me había vuelto blanco». Pero la depresión que le aflige tiene su origen en que es negro.

Willie hace el matón por Harlem con ceñidos pantalones de raso y zapatos de ante, pasa del jazz a la cárcel con extrema facilidad. Trafica en todo, hace el rufián, explota a dos putas blancas. «Te basta saber que al gato blanco le gusta la polla negra». Vende droga de la grande y una vez que se encuentra mal porque no tiene qué tomar —le sangra la nariz, tiene calambres, nauseas— intenta un robo con allanamiento, pero le atrapan dos esbirros blancos con los que lucha aterrado a puñetazos. «En aquel mi primer solo me exprimieron toda la estupidez, me pusieron la cabeza como un tambor y me encerraron». Lo juzgan, lo condenan y lo mandan a la cárcel por cuatro calendarios. Su nuevo descubrimiento es «hasta qué punto puede caer tu miseria. Camino todo el día sobre mí mismo y la mierda se me pega a los zapatos». Sufre de muchos modos. Pero el sufrimiento duele menos cuando uno empieza a oír el *blues* en lo más hondo del ser. Él oye y escucha. «Willie Spearmint canta esta canción».

El tiempo es lento y nauseabundo, pero por alguna extraña mezcla de dolor, suerte y lo que le ha quedado de voluntad, ayudando al tiempo se ayuda a sí mismo. «Dejando de correr tienes tiempo para pensar. Pienso con mayor claridad sobre mí mismo, en quién soy, y en si siempre seré algo más que el más bajo». «Si no me hubieran puesto a buen recaudo, habría, sin duda, matado a alguien». Para apartar su mente de la cárcel destructora de almas, para aprender lo que debía saber para sobrevivir, para hacerse un poco mejor de lo que era, Willie empieza a leer en la biblioteca de la cárcel. «Una vez empecé ya no pude detenerme. Leía un libro tras otro, lentamente al principio, más aprisa en cuanto empecé a saber más palabras». Al principio leía más que nada narrativa. Dickens, Dreiser, James Farrell, Hemingway, Richard Wright, Ellison, Baldwin y otros. «Y leía centenares de narraciones cortas, desde el principio de la palabra hasta nuestros días, negras y blancas». «Y mientras leo siento dentro de mí este importante, estimulante y al mismo tiempo espantoso estribillo *puedo escribir*.» No es difícil hacerlo cuando uno ha terminado de leer una historia que le ha gustado y quisiera proseguirla. O cambiarle el final. O escribir algo parecido». Se pregunta si sería capaz de escribir historias que le hubieran sucedido. «Y así me encuentro con la cabeza tan llena de esas historias que no logro separar una de otra». Willie ríe, grita y baila en su celda. Pide papel y lápiz, se lo dan, y se sienta a la mesa. Escribe cuál es el verdadero espanto de la vida. Escribe llorando. «Lloro por mi maldita madre y por todos los negros sobre los que escribo, incluido yo mismo». Ama las

palabras que traza en el papel; de ellas nace la gente negra. Ama la manera de ser de esa gente, sus voces y su ingenio. Willie se exalta cuando escribe, éste es el más dulce de los placeres. A medida que las frases van formando las páginas y la gente y sus actos adquieren vida, el corazón se le llena de orgullo. «A partir de ese momento no me espanta la jodida cárcel porque estoy fuera de ella en la misma medida en que estoy dentro. Estoy dentro de mi imaginación. Juro a mí mismo que seré el mejor escritor, el mejor escritor *soul*.» Escribe decenas de historias. «Cuantas más escribo sobre las cosas terribles y violentas de mi vida, más ligero me siento. Sólo me da miedo que se me ablande demasiado el carácter».

Willie decía también que había leído a varios escritores revolucionarios, porque quería enterarse bien de cómo estaban las cosas. Había leído a Marx, Lenin, Trotsky, Mao. Leía todos los libros que podía sobre los negros: libros sobre África, la esclavitud, las costumbres y la cultura negras. Tomaba notas en una libreta, pero cuando quería escribir sobre aquellos problemas, solían salirle pequeñas historias de negros. Sobre todo escribía cuentos. A medida que Willie iba entendiendo mejor la historia de su pueblo y la injusticia de su sufrimiento, sentía hacia él un amor profundo, dulce, todopoderoso. Hacia los blancos sentía el mismo odio. Tal vez no estaba presente en su pensamiento todos los minutos del día, pero lo mantenía como principio. Cuando le sueltan, sale de la cárcel con cinco carpetas llenas de lo que había escrito en favor del movimiento de Liberación Negra. Así terminaba la parte autobiográfica. Luego venían las narraciones. Ninguno de los protagonistas de Willie se las arreglaba tan bien como él. Ninguno encontraba el camino de la salvación.

A Buggy, dos esbirros blancos que lo han acorralado en Catshit Alley después del hurto de un bolso, le meten treinta y ocho balazos en el cuerpo. Él se había defendido con la navaja que sólo había arrojado una vez.

A Ellery le tuestan en la silla eléctrica en Sing-Sing. Había intentado convencer al juez: «Juez, te has equivocado de negro. El negro es un color fácil de reconocer cuando uno busca un negro. Te juro por mi alma que aquella noche oscura no maté a ningún blanco. Yo no soy el que crees».

Daniel degüella a su padre porque éste le ha escupido a su madre en la cara. Después le pide a su madre que lo perdone y ella le dice que lo perdona pero que el Señor no. «No sé por qué lo he hecho, por qué lo he matado —dice Daniel—. Imagino que lo odiaba más que te odio a ti».

En una estremecedora historia titulada «Sin corazón», un negro innominado está obsesionado por el deseo de matar a un blanco y comerse un pedazo de su corazón. No es más que una gran sed o una gran hambre. Atrae a un blanco borracho al sótano de una casa y lo mata. Abre el cadáver, pero no encuentra el corazón. Entonces le abre el estómago, los intestinos, los escrotos, y aún sigue cortando cuando termina el cuento.

En el último cuento, tres hermanos pintan a Harry (¿Harry?) de blanco, después de haber discutido si darle una paliza o embrearlo por lo que ha hecho. Ha denunciado a la *bofia* a su amigo Efraím, un alcahuete de menores. Efraím le había quitado la novia. Los amigos del rufián encierran a Harry en su cuarto y le obligan a desnudarse. Entonces le echan por encima tres latas de pintura blanca mientras él está arrodillado en el suelo. La pintura es tan espesa que de la cabeza sólo son negros los ojos. Harry logra escapar y sube corriendo las escaleras hacia el tejado perseguido por los otros. Lo último que ven es a Harry que se tira a la calle desde el tejado, un negro blanco que ilumina la noche.

Cinco historias, cinco muertes: cuatro negras, una blanca. La violencia demuestra la profundidad de la rabia no apagada de Willie. ¿Serían tal vez sus lágrimas que al quemar el papel habían causado aquel hedor? Al releer el libro, Lesser, por más que huele, no huele nada.

El libro de Willie ha emocionado a Lesser. Por dos motivos: el tema conmovedor y la triste sensación de que Willie aún no domina el oficio. «Dios mío, lo que ha pasado. ¿Qué le puedo decir a un hombre que ha padecido tanto dolor, tanta injusticia, que claramente encuentra en escribir su esperanza y su salvación, que se define a sí mismo de ese modo? Al final alcanza, como en los viejos cuentos de la esclavitud, la libertad mediante la sensación de fuerza que le da escribir, que lo eleva y arrastra, pero sobre todo gracias al convencimiento de que, escribiendo, puede ayudar a su pueblo a vencer el racismo y la desigualdad económica. Es decir, que su libertad ayudará a conquistar la de los otros. La Vida que describe, o como él la llame, se mueve, sufre, respira, aunque haya sido descrita antes, y mejor, por Richard Wright, Claude Brown, Malcolm X y, a su modo, Eldridge Cleaver. Sus descubrimientos han contribuido a los de Willie. Muchos negros viven la misma espantosa aventura americana, pero hace

falta ser un escritor excepcional para contarla excepcionalmente, convertida en literatura. Para que lo negro sea algo más que un color o una cultura, para que la ofensa sea algo más que una protesta o una ideología. Willie tiene buenas ideas, pero sus narraciones no siempre están bien construidas. Al final se quedan cortas, les falta forma. Lesser ve divagaciones, repeticiones, material sin desarrollar. Hay errores de disposición y de medida, en última instancia de enfoque. Se podía hacer más de lo que ha hecho. Por otra parte, parece ser muy sensible a la buena literatura y esto explica sus dudas sobre su libro. Escribe con sentimiento y con placer, sin duda, y sin embargo se nota que tiene que estar insatisfecho. Es posible que ni siquiera sepa que su modo de escribir revela una intolerancia por el oficio de escritor. Creo que es esto lo que quiere que le diga. ¿Debo hacerlo — decirle lo que pienso o no— con cautela, tal vez, animarlo, procurar dorarle la píldora, teniendo en cuenta lo que ha pasado? No quisiera herir a un hombre tan sensible. Sin embargo, si no le digo lo que a mi entender es la verdad ¿cómo voy a ayudarlo a mejorar?».

Y si Lesser esconde la verdad, Lesser es un falsario. Y si lo es, ¿cómo puede seguir escribiendo?

Cuando a la mañana siguiente, después de leerlo por segunda vez, le devolvió el manuscrito a Willie, le dijo que estaba dispuesto a discutirlo cuando Willie quisiera. Ahora no veía el momento de quitarse aquel peso de encima, pero no quería insistir. Willie, sin expresión, sólo con una sonrisa ausente a flor de labios, como si no hubiese oído lo que Lesser le había dicho y solamente al verle mover los labios hubiera reconocido más o menos que alguien le estaba dirigiendo la palabra, tomó la bolsa en silencio. No la miró ni levantó la vista hacia Harry. Lesser pensó después que Willie parecía ofendido, herido antes de producirse el hecho —¿por mí?—, a menos que el escritor se equivocara. A lo mejor tenía dolor de muelas o almorranas, o algún problema personal. Fuera lo que fuese, su silencio demostraba más bien enfado que ofensa; tal vez contra sí mismo por haber pedido a Lesser que leyera el libro y haberle dicho que acaso se había equivocado. Pero al cabo de un minuto, Willie entreabrió los labios, contempló los vacilantes ojos de Lesser con sus grandes ojos amansados,

como si quisiera perdonarlo de cuanto había o no había hecho, y dijo sonoramente:

—Gracias por haberlo leído. —Y basta. Y se fue limpiamente, aunque iba cargado con la máquina de escribir y el libro, y a Lesser le pareció que se desvanecía como por arte de magia. Hombre de talento ese Willie Spearmint.

Aquel mismo mediodía, más tranquilo —había pillado un cigarro en alguna parte— Willie declaró:

—Ahora no puedo quedarme a hablar contigo, Lesser. Mi chavala está que trina. Damos una fiesta esta noche en casa y tengo que comprar algunas botellas y hierba, pero dentro de un par de días vendré por aquí para liquidar este asunto.

—Cuando quieras, Willie. En cualquier momento. Cuando te convenga.

Sentía, además, celos por no haber sido invitado a la fiesta de Irene.

«Tiene miedo —pensó Lesser—. Está cagado. También yo, a decir verdad». Ya es bastante duro criticar la carne viva de alguien, imaginemos si se le añade el color. Eso es vida negra y se comprende que sea algo delicado. Lesser estaba un poco asustado al pensar en dónde se había metido. La verdad es que había previsto que el favor que Willie le había pedido le costaría caro. La índole de ciertas cosas, el peso del color.

Pensó que las cosas a lo mejor se simplificarían si le escribía una nota. Sobre el papel no hay enfrentamiento personal, no es preciso.

A la mañana siguiente, mientras la estaba escribiendo —no eran más que las once, pero tenía a Willie metido en la cabeza y no lograba trabajar —, el negro llamó a la puerta sin dar ningún puntapié.

Lesser se levantó, nervioso pero tranquilizado, deseoso de librarse de aquel peso como una losa que Willie hubiera puesto sobre su cabeza.

Willie, con la vista baja —obviamente encontraba dificultades en su trabajo porque en seguida metió la máquina de escribir debajo de la mesa —, al enderezarse pareció ponerse en tensión, como si el próximo movimiento posible fuera sólo uno y no quisiera hacerlo. Se quedó de pie un rato mirando por la ventana. Lesser lo hizo también. No vio nada.

Willie siguió mirando, después pareció dejarlo correr, como si lo que esperaba encontrar no estuviera allí, en el caso de que buscara algo. Si algo había, estaba aquí en la habitación. En la habitación, cualquier cosa que él fuera no lo era exactamente. Pero poco después estaba con Lesser, en su

estudio, sentado como una estatua de ébano en la silla de respaldo recto, y nadie, su presencia lo afirmaba, era Pigmalión. Él solo se había esculpido.

El escritor, sentado en el borde del diván, se frotaba las secas palmas blancas.

—¿Un trago?

—Déjate de gilipolleces preliminares; vayamos al grano.

Lesser, curándose en salud, le recuerda a Willie que no ha sido él quien le ha pedido leer el libro.

—Has sido tú quien me lo ha pedido. Si crees que te has equivocado y vas a jugar a hacerte el difícil y el soberbio cada vez que yo abra la boca, mejor sería que lo dejáramos antes de empezar. Te estoy agradecido por haberme dejado leer tu manuscrito.

—Yo soy difícil, amigo, porque así me hizo mi madre y además porque puedo, pero, de todos modos, hablemos.

¿De acuerdo?

Lesser afirma que no le gusta crearse la enemistad de nadie.

—También yo tengo mi manera de ser. Me gusta vivir tranquilo.

—El antagonismo es también un derecho mío y no creas que es mérito tuyo lo que solamente es obra de las circunstancias.

—Lo que quiero decir es que si no podemos hablar como seres razonables, mejor será dejarlo correr. Llevo años con mi libro y finalmente quiero terminarlo. Para eso necesito paz y tranquilidad. Por eso me gusta estar aquí arriba: nadie me fastidia demasiado. Levenspiel me molesta, pero puedo aguantarlo. Pero no quiero que nadie venga a tocarme las pelotas, con o sin motivo.

—En lugar de hacerme todos esos sermones, Lesser, ¿por qué no desembuchas de una vez? No estoy aquí para perder tiempo ni tengo interés en discutir contigo.

—Totalmente de acuerdo.

Lesser piensa si sería conveniente leerle el trozo de carta que tiene escrito, pero abandona la idea y dice lo que cree que es su deber decir, mientras Willie, fingiendo paciencia, tranquilidad, despreocupación, entrecruza sus toscos dedos sobre el pecho cubierto por el suéter verde y después renuncia a su inmovilidad para acariciarse la lanuda. Lesser dice:

—Ante todo no hay duda de que eres un escritor, Willie. Las dos partes de tu libro, la autobiografía y las cinco narraciones, son fuertes y conmovedoras. Cualesquiera que sean los fallos del libro, el talento está.

Willie ríe ligeramente irónico.

—Oh, vamos, Lesser ¿a quién se lo dices? Sabes muy bien lo que sucede cuando uno se encuentra encallado con el libro. Vamos a la verdad de mierda del asunto. Lesser dice que la verdad es que el libro es bueno, pero podría ser mejor.

—Eso ya te lo dije yo —dice Willie—. ¿No te dije que no me sentía satisfecho? Venga, vamos a lo que yo te pedí que me dijeras que es donde me he salido del buen camino.

—Iba a decirte, Willie, que si no estás satisfecho del libro, tienes motivos para no estarlo. Yo diría que la forma del conjunto no es suficiente. Hay algunos fallos, lo que tú llamas desenfoque, que son los que dan esa sensación de desequilibrio que te preocupa.

—Pero ¿*dónde* empieza?

—Desde el principio de la autobiografía. No se trata de que no hayas trabajado, sino que falta técnica, forma, aunque sé que no está de moda hablar así. Tendrías que construir mejor.

Willie se levanta, gruñendo, como si tuviera miedo de que alguien quisiera clavarlo en la silla.

—Quiero demostrarte hasta qué punto estás en las nubes, Lesser. Ante todo, estás equivocado al clasificar el libro. La parte que llamas autobiografía es pura ficción que he ido inventando a medida que escribía. El tipo que cuenta las cosas no soy yo. Ese tipo lo he sacado enterito de mi imaginación, así, como suena, a medida que iba escribiendo. Yo nací en la calle 120 de Harlem y me trasladé a Bedford-Stuyvesant, con mi madre, a los seis años, y lo más al sur que he ido es a Coney Island a bañarme. Nunca he estado en el Mississippi ni pienso poner los pies en ese lugar de mierda. En mi vida he comido tripas, porque mi mamá y yo no soportábamos el olor y creo que si las comiera vomitaría. Nunca he trabajado en Detroit, Michigan, aunque sí mi padre, que durante tres años limpió los lavabos. En cambio, cuatro de los cuentos pasaron de verdad. Son cosas que ocurrieron a hermanos míos y conozco muy bien, exactamente cómo pasaron, y todo lo que cuento ocurrió de verdad y ésa es la única cosa autobiográfica del libro y no hay otra. Punto final.

Lesser admitió que le sorprendía.

—El libro tiene un tono autobiográfico, pero aunque sea pura ficción, el hecho es que hay algo que no encaja porque de lo contrario no hubieras venido a pedirme que lo leyera.

Willie, con calma:

—No quiero insistir, Lesser, pero ¿cómo puedes estar tan seguro de lo que dices si mi libro resulta que es una cosa distinta de la que pensabas?

—En todo caso los dos estamos de acuerdo en que le falta elaboración.

—Elaboración —Willie le remeda, mientras hace girar sus ojos humedecidos—. Tengo el trasero pelado de elaborarlo. Más, no se puede. Éste es mi cuarto original ¿cuántos más tengo que hacer?

Su voz profunda se agudiza.

—Prueba otra vez.

—Vete a tomar por el culo.

Lesser está enfadado consigo mismo por haberse metido en aquel lío, sabiendo que iba a ser un lío.

—Willie —dice irritado—, yo debo seguir adelante con mi propio libro.

El cuerpo de Willie se distiende, ébano que se convierte en alquitrán.

—No me jorobes Lesser. No me fastidies. No quieras que pierda la confianza en mí mismo.

Lesser le asegura a Willie que, en verdad, está actuando de buena fe.

—Sé lo que sientes. Me pongo en tu lugar.

Con una cólera fría y altiva, el negro responde:

—Ningún blanco hijo de mala madre puede ponerse en *mi* lugar. Estamos hablando de un libro *negro* que tú no entiendes para nada. La narrativa blanca no es como la narrativa *negra*. No puede serlo.

—No puedes convertir en literatura la experiencia negra describiéndola solamente.

—Lo negro no es lo blanco y nunca lo será. Es negro de una vez y para siempre. No es universal, si es eso lo que quieres decir. No es lo mismo lo que siento yo que lo que tú sientes. Tú no puedes escribir sobre los negros porque no tienes la menor idea de lo que somos o de lo que sentimos. La química de nuestros sentimientos es distinta de la vuestra. ¿Entiendes? Y así *tiene* que ser. Yo escribo literatura *soul* sobre la gente negra que grita que aún somos esclavos en este jodido país y que no estamos dispuestos a seguir siéndolo. ¿Cómo puedes entenderlo, Lesser, si tus sesos son blancos?

—También los tuyos lo son. Pero si se trata de la experiencia de un ser humano y ésta me conmueve, entonces tú conviertes esa experiencia en algo más. Tú la creas para mí. Puedes negar la universalidad, Willie, pero no puedes abolirla.

—Ser humano es ser mierda. No concede ningún privilegio. A nosotros nunca nos lo ha concedido.

—Si hablamos de arte, la forma tiene sus derechos o bien no hay orden ni posiblemente significado. Otra cosa no hay, creo que hasta tú lo sabes.

—El arte me toca los huevos. ¿Quieres saber cuál es el verdadero arte? Yo soy arte. Willie Spearmit, *hombre negro*. Mi forma es *yo mismo*.

Se enfrentaron, reflejándose cada uno en los ojos del otro. Willie furibundo, Lesser maldiciéndose por haber perdido la mañana.

—Qué estúpido negro de mierda he sido al dejarte que leyeras mi manuscrito.

Lesser, desesperadamente, le hace una última sugerencia.

—¿Por qué no envías el original a un editor y oyes la opinión de otro, puesto que la mía no te satisface?

—Porque he probado ya con diez de esos judíos de inteligencia de rata y todos me lo han devuelto por una serie de motivos de risa, porque les da *miedo* lo que dice el libro.

El negro, con los ojos hinchados, golpea la cabeza contra la pared, mientras el escritor, no sin placer, lo contempla.